

ISBN: 978-958-8399-54-6



UN CAFÉ PARA LA TARDE

Concurso de escritura Funlam 2011

Cuento, poesía y ensayo



Bertrille Blandón Zapata
Camilo Andrés Vargas Garrido
Carolina García Henao
Daniel Velásquez
David Esteban Zuluaga Mesa
David Valencia Tobón
Estella Agudelo Sánchez
Felipe Sánchez Hincapié

Jorge Mario Gaviria Hincapié
Juan Camilo Arias Castrillón
Julián Núñez
Julio César Núñez Miranda
Milton Andrés Ortiz Escobar
Natalia Bernal Urrego
Santiago Ruiz Idárraga
Tatiana Mosquera



FUNDACIÓN UNIVERSITARIA LUIS AMIGÓ

UN CAFÉ PARA LA TARDE

Concurso de escritura Funlam 2011

Cuento, poesía y ensayo

Medellín - Colombia, 2012

863 C744 2011

Concursos de escritura FUNLAM (2011 : Medellín)

Un café para la tarde : cuento, poesía y ensayo / Concursos de escritura FUNLAM 2011 . -- Medellín : Fundación Universitaria Luis Amigó, 2012
113 p.

ISBN: 978-958-8399-54-6

CUENTOS - CONCURSOS; POESIA - CONCURSOS; ENSAYO - CONCURSOS; CUENTOS COLOMBIANOS

UN CAFÉ PARA LA TARDE: CONCURSO DE ESCRITURA 2011. CUENTO, POESÍA Y ENSAYO

© Fundación Universitaria Luis Amigó
Transversal 51A 67B-90
Medellín, Antioquia, Colombia
Tel.: 448 76 66. Ext.: 9711
<http://www.funlam.edu.co>
E-mail: fondoeditorial@funlam.edu.co

Autores:

Bertrille Blandón Zapata
Camilo Andrés Vargas Garrido
Carolina García Henao
Daniel Velásquez
David Esteban Zuluaga Mesa
David Valencia Tobón
Estella Agudelo Sánchez
Felipe Sánchez Hincapié
Jorge Mario Gaviria Hincapié
Juan Camilo Arias Castrillón
Julián Núñez
Julio César Núñez Miranda
Milton Andrés Ortiz Escobar
Natalia Bernal Urrego
Santiago Ruiz Idárraga
Tatiana Mosquera

ISBN: 978-958-8399-54-6

Compiladora: Claudia Ivonne Giraldo Gómez

Diagramación y diseño: Carlos Hernando Zapata Sepúlveda

Jefe Departamento de Fondo Editorial: Carolina Orrego Moscoso

Edición: Fundación Universitaria Luis Amigó

Impreso y hecho en Colombia / Printed and made in Colombia.

Financiación realizada por la Fundación Universitaria Luis Amigó.

Los autores son moral y legalmente responsables del contenido de sus artículos, así como del respeto a los derechos de autor. Por lo tanto, éstos no comprometen en ningún sentido a la Fundación Universitaria Luis Amigó.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin autorización escrita de la Fundación Universitaria Luis Amigó.



CONTENIDO

PRESENTACIÓN

PRIMERA PARTE

TEXTOS GANADORES Y MENCIONES DEL CONCURSO DE
CUENTO, POESÍA Y ENSAYO 2011

CATEGORÍA CUENTO

CUENTO GANADOR

Un café para la tarde

Jorge Mario Gaviria Hincapié 11

PRIMERA MENCIÓN

La cámara

Santiago Ruiz Idárraga 15

SEGUNDA MENCIÓN

Infecciones: individuos sin importancia

Julio César Núñez Miranda 18

CATEGORÍA POESÍA

POESÍA GANADORA

Ritual. La melodía de la noche. Un suspiro con sabor a miel

Daniel Velásquez 27

PRIMERA MENCIÓN	
Poemas 1, 2 y 3	
<i>Bertrille Blandón Zapata</i>	31
SEGUNDA MENCIÓN	
Bolitas tristes. Fuegos efímeros. Soliloquio	
<i>Milton Andrés Ortiz Escobar</i>	34
MENCIÓN ESPECIAL	
Pecadoras	
<i>Natalia Bernal Urrego</i>	38
CATEGORÍA ENSAYO	
ENSAYO GANADOR	
Contrapliegues filosóficos para enmendar falsos aciertos: de la (in)comunicación a la interpretación	
<i>Estella Agudelo Sánchez</i>	41
PRIMERA MENCIÓN	
La investigación en la lógica del formato o la muerte de conocimiento	
<i>David Esteban Zuluaga Mesa</i>	53
SEGUNDA PARTE	
SELECCIÓN DE TEXTOS DEL TALLER DE ESCRITURA CREATIVA FUNLAM 2011	
El billete con bigote	
<i>Juan Camilo Arias Castrillón</i>	61
Instrucciones para tomar el autobús	
<i>Juan Camilo Arias Castrillón</i>	64
Los claveles	
<i>Felipe Sánchez Hincapié</i>	67
El monstruo	
<i>Bertrille Blandón</i>	72

Seres extraños	
<i>Camilo Andrés Vargas Garrido</i>	76
La sombra de las cucarachas	
<i>Camilo Andrés Vargas Garrido</i>	81
Rastros en la memoria	
<i>Jorge Mario Gaviria Hincapié</i>	86
La muerte en los ojos	
<i>David Valencia Tobón</i>	89
La cita	
<i>David Valencia Tobón</i>	96
Blu	
<i>Tatiana Mosquera</i>	99
Memoria del futuro	
<i>Carolina García Henao</i>	102



PRESENTACIÓN

Tal vez nuestra profunda necesidad de contar y de que nos cuenten historias nace de la imperiosa voluntad de entender el mundo y la vida, de indagar en lo que nos conturba, de exorcizar a nuestros fantasmas individuales y colectivos. Una vida sin esta posibilidad sería una sin sueños, sin esperanzas, sin respuestas. Una vida oscura.

La literatura, el arte, han brindado consuelo a nuestra existencia desde siempre; y no solo eso, nos han hecho felices, tal vez de la manera más prístina y contundente: nos han acercado a las epifanías, a los milagros y a las revelaciones. He allí su trascendental permanencia.

Por todas estas razones, el que una universidad apoye los concursos literarios y los talleres de escritura creativa, habla de su disposición humanística, de su preocupación porque la palabra de los jóvenes tenga significado y poder de transformación. Nunca serán en vano estos esfuerzos. Actividades como estas, sacan de los muchachos y muchachas lo mejor de sí mismos y nos informan sobre sus sueños, angustias, sobre su manera muy particular de entender el mundo.

Presento este nuevo libro con la satisfacción del deber cumplido y con el orgullo de poder mostrar un producto digno, en el que se perfilan grandes talentos literarios, como lo demostraron los ganadores de los concursos de cuento, poesía y ensayo y los integrantes del Taller de escritura creativa de la Fundación Universitaria Luis Amigó.

Felicito a los directivos de la Institución que le apuestan a la transformación de las conciencias por medio del arte y de la palabra creativa; felicito a los ganadores de los concursos y a quienes, viernes a viernes, me han brindado la alegría enorme de compartir sus vidas jóvenes, sus hondos pensamientos y sus risas maravillosas. Que este camino de la escritura se abra largo y productivo a sus pasos.

Claudia Ivonne Giraldo Gómez
Directora Taller de Escritura Creativa
Funlam

PRIMERA
PARTE

*Textos ganadores y
menciones del concurso de
cuento, poesía y ensayo 2011*

Categoría Cuento

CUENTO GANADOR

Un café para la tarde

Jorge Mario Gaviria Hincapié

A mi abuela le gustaba tomarse un café en la tarde todos los días para acompañar un cigarrillo. Siempre me mandaba a que se lo preparara. Yo sabía que le gustaba sin azúcar y fuerte. Un tiempo después ya no me gustaba ir a la cocina a prepararlo y durante mucho tiempo lo hice con desgano y en silencio. Así funcionaba para nosotras la obediencia, el miedo y la sumisión en su casa.

Cuando llegaba del colegio, me tocaba acompañarla. Le ayudaba con el oficio mientras mi mamá se quedaba cuidando

a mis hermanos en mi casa; barriendo, trapeando y cocinando, por si de pronto llegaba mi papá de sus viajes de negocio -en los que supuestamente vendía maíz-. Era frecuente que se quejara porque le iba mal con las ventas. Por eso, teníamos que hacer lo que la abuela mandaba porque, normalmente, nos ayudaba con el mercado. Ella era viuda y administraba la herencia que había dejado el abuelo.

Algunos familiares y amigos venían en la tarde a sentarse con ella a conversar y a tomarse un tinto en la sala, yo se los preparaba. Conocía los resabios de cada visitante. A doña Margarita, aguadito; a don Manuel, no muy caliente para que no le quemara la lengua; a doña Mercedes con tres de azúcar. A la tía mayor, el pocillo lleno. Todos conversaban sentados en la sala; comentaban novedades de propios y extraños, palabras que se enmarañaban entre el humo de los cigarrillos.

A la abuela le gustaba el cigarrillo sin filtro. Yo se lo llevaba prendido. Me gustaba encenderlo directamente de la parrilla del fogón donde ponía a hervir el agua para el café. Para las visitas mantenía unos cigarrillos rubios con filtro que llevaba en un vaso, los encontraba en un rincón de la alacena. Los ofrecía y se los prendía, usando una candela plateada que se accionaba con el pulgar.

A los doce años me tocaba acomodarme los vestidos color pastel que habían dejado mis tías. Mi figura delgada nadaba entre las costuras y retazos, mientras mis senos, que apenas despuntaban, se perdían bajo los trapos descoloridos. Muchas veces anhelé tener jeans porque esa era la moda que usaban

mis compañeras en el colegio para pasar la tarde y salir con los muchachos a comer cono. Pero yo vine a tener jeans cuando me casé.

A veces mis primas también llegaban de visita a la casa. Tocaba atenderlas con café con leche y galletas. Ahora, cuando nos reunimos en las fiestas navideñas, ellas dicen que lo mejor de la vida era estar en la cocina de la abuela. Sus olores a dulce de breva, canela, esencias y especias les recordaban una época donde su niñez era de gozo y de amor. Sobre todo porque la mejor forma que tenía la abuela de mostrar su afecto a toda la ralea, era mantenernos con el estómago lleno.

Después del algo en la tarde jugábamos en el solar. Ellas se iban y yo me quedaba, odiando la cocina donde me tocaba preparar los tintos de las visitas; harta de tirar las cuscas a la basura, de lavar los cubiertos, de tener que calentar el agua por si querían “otro tintico” que debía llevar en unos pocillos blancos, de una vajilla china con florecitas rojas, que iban cada uno encima de unos platicos también blancos sobre un charol plateado. Recuerdo que las cuscas de cigarrillo de la abuela siempre eran las más pequeñas. Me sorprendía que nunca se quemará los dedos, por lo menos, no tengo memoria de que alguna vez se hubiera quejado de eso.

Había días en los que me entretenía jugando hasta tarde con mis muñecas en el solar de la abuela. A veces sola, otras veces con mi hermana. Pero había días cuando mi mamá me dejaba razón para que me quedara a cuidar a la abuela. Ella me dejaba durmiendo en el cuarto de atrás, que quedaba pa-

sando la cocina. Al otro día, mi mamá llegaba con alguna olla o ropa aplanchada, propia, ajena o de mis tías; con dolores en el cuerpo, sus canas más atenuadas y una melancolía que reflejaba la desesperanza de su destino. Después mis hermanos me contaban que mi papá había llegado de viaje, borracho y había acabado con las matas de la casa.

Para mi mamá la cocina de la abuela era un refugio donde podía esconder su frustración. Llegaba allá después de los regresos de mi papá. Mientras arreglaba los trastos, lloraba en silencio. Yo, sin embargo, no quería esa cocina, quería escapar de ella. Así como quise por mucho tiempo escapar del olor a cigarrillo y a tinto de mi abuela que, como una sombra, me llegaba en muchas noches de mi infancia.

“Los hombres son de la calle y las mujeres de la casa”, solía decir la abuela para justificar la ausencia de mis tíos. Esa sentencia obligó a que se casaran mis tías y trajeran a sus esposos a fumar y a tomar tinto con la abuela.

Al esposo de mi tía mayor, nunca le gustaba que yo le prepara el tinto. Por eso se iba para la cocina a preparar el suyo cuando yo estaba allá. Durante mucho tiempo, él busco endulzar las tardes de café, metiendo sus manos húmedas entre mis vestidos feos. Hoy mi esposo quiere café. A mí no me gusta ir a la cocina a preparárselo. Él dice que... yo no lo atiendo bien.

PRIMERA MENCIÓN

La cámara

Santiago Ruiz Idárraga¹

Alfredo Gómez Tapia, antes de ser un cadáver, era un político; y yo, Alejandro Gómez Tapia, antes de ser un obseso, su único hijo. Murió asesinado en la tarde de un domingo 21 de marzo, frente a nosotros, su familia, en el prado de algún parque, de algún barrio, de alguna ciudad de un país que ya no recuerdo, porque la violencia de esta obsesión me obliga a olvidar los matices de esa lejana tragedia.

¹ Mi nombre es Santiago Ruiz Idárraga y tengo 21 años. Actualmente curso el V semestre del pregrado en Filosofía en la FUNLAM.

Hicimos todo lo que se hace ante el asesinato: no entender lo que sucede, llorar, gritar, abrazar el cuerpo ensangrentado, responder a las preguntas de la policía, golpear las paredes, maldecir al destino, resignarnos. La negación de alguna comisión, algún voto en contra, algo que calló... no sé cuál de esas banalidades de la maldad le causó la muerte; las causas son verdaderas en el vértigo de esta obsesión. ¿Qué es lo que diferencia a este asesinato de todos los otros asesinatos? ¿Por qué? ¿Por qué en ese instante no murió solo mi padre sino también mi cordura? Solo por una razón: una cámara.

Mi padre sostenía una cámara en el momento de su muerte y mientras él la sostenía, nosotros posábamos. Posábamos como todos los mortales en sus momentos de dicha, entregados a ese furioso deseo de asir el instante, de eternizarlo. Paseábamos y decidimos tomarnos una foto para recordar aquel día: mi madre, mis dos primos, mi tía y yo. Nos juntamos, nos abrazamos, nos obligamos a fingir una sonrisa, se dijo ¡*Whisky!*! el flash nos cegó; un sonido seco y violento nos desconcertó y mi padre, tirado en el suelo, sangraba.

La policía, después de acordonar el área y realizar los exámenes de rutina, se remitió a la cámara. Allí estaba la fotografía, retrato de la torpeza de un sicario que le disparó a su víctima mientras ésta sostenía una cámara. Nos hicieron verla. Estábamos nosotros, abrazados, ejecutando una sonrisa forzada. A nuestras espaldas, hacia la izquierda, el sicario apuntaba con su pistola. La punta del cañón se distorsionaba entre una mancha amarillenta que se degradaba en el centro hacia un gris profundo; sospecho que era la bala saliendo del cañón. Su ros-

tro se veía claramente. La policía no logró capturarlo porque yo ya lo había mandado a matar antes de que lo encontraran. *¡Que esa sabandija muera en su ley!*, me dije en el colmo de la furia. Y así sucedió también con el autor intelectual del asesinato.

Pero la venganza no me trajo satisfacción. Fui incapaz de borrar la foto. La miraba fijamente durante noches enteras. Pensaba en la rabiosa ironía que se había tejido ante el lente de la cámara. Pretendíamos fotografiar nuestra dicha, nuestro amor y lo único que fotografiamos fue la muerte en plena labor. Esa cámara fue la ruina de todos. Fue la maestra de una sincronía macabra, la cristalización de una fatalidad. El sicario le apuntó a mi padre en la cabeza y la cámara a mi cordura... ambos acertaron.

Esa ironía carcomió el amor que sentía por mi padre y todo recuerdo que tuviera de él. Llegó al punto en el que lo único que miraba era mi rostro y el de mi familia, sonriendo como autómatas ante ese demoníaco artefacto. Esa fotografía, esa eternidad, son la evidencia de una belleza y una tranquilidad que ya nunca volverán a ser mías. Observo con horror la manera en que mi piel se desvanece entre los pliegues y las cicatrices de una vida malgastada, mientras esas terribles sonrisas, con una ingenuidad casi cínica, se burlan de nosotros, los mortales, esclavizados a los monstruosos engranajes del tiempo.

Ahora, recluso en esta cárcel psiquiátrica -por culpa de la torpeza de mi venganza y de la ironía de esta evidente locura-, muchos años después de la tragedia, maldigo el milagro de la fotografía; alquimia maldita que eterniza el instante; alquimia maldita que momifica el instante.

SEGUNDA MENCIÓN

Infeciones: individuos sin importancia

Julio César Núñez Miranda²

Conforme pasa el tiempo este mundo se pudre más; enfermedades, violencia, hambre, contaminación y un sinfín de particularidades hacen más amargo el día a día de muchas personas; pero siempre habrá unos que sufren más que otros, unos que aman y otros que odian, los que son queridos y los que son despreciados y aquellos que no existen, que son invisibles.

² Julián, como le gusta que le llamen, o Julio Cesar Núñez como fue registrado por sus padres, nació en el planeta tierra un jueves 12 de Julio de 1990 y posiblemente también morirá allí, ¿en qué fecha? Aún no lo sabe. Actualmente con 21 años adelanta sus estudios de Psicología en la Luis amigo y entre sus planes está incursionar en las artes plásticas y los medios audiovisuales. De pocos amigos, odioso para unos, extraño para otros, Julián escribe, lee, dibuja, piensa, crea y detalla el mundo a través de sus gafas gigantescas mientras guarda silencio y bebe café.

Es 12 de julio y Boston está de cumpleaños. Mientras traspasa sangre sobre los platos sucios en el fregadero, intenta recordar cuántos está cumpliendo, pero desde que se quedó sola muchas cosas dejaron de importarle o simplemente se le olvidan: ¿hace cuánto no se mira a un espejo o cambia su ropa interior? Su salud ha empeorado últimamente; la soledad y una terrible depresión le han provocado trastornos alimenticios tan graves que ahora no deja de vomitar; su cabello se cae a mechones y, tal vez por no tomar un baño en mucho tiempo, su piel también está enfermado. Como consecuencia no ha vuelto a trabajar en ese pequeño supermercado al otro lado de la ciudad, quedándose encerrada en su apartamento, comiendo muy de vez en cuando los alimentos que se descomponen en su refrigerador.

Cuando su madre aún vivía, aquel apartamento era un sitio cálido en donde Boston siempre esperaba un abrazo y la sonrisa de la mujer que la hacía sentir feliz. Hoy el sitio huele a sangre, la humedad, el polvo y la basura en cada rincón son su única compañía. Parece ser que dejó de existir hace mucho tiempo.

En las noticias mencionan que la ciudad se ha vuelto muy violenta -solo hoy encontraron entre la basura los cuerpos torturados de tres personas, dos de ellos asesinados con arma de fuego; el otro con arma blanca-. Boston mira por la ventana; como están pasando las noticias supone que deben ser entre las 7 y las 8 de la noche, —Qué triste está la noche, supongo que todos le temen a la soledad aunque no lo digan—, piensa, mientras su cabello rubio se enreda entre sus dedos y sus ojos azules, opacos, se pierden entre los ruidos de la ciudad.

Trebor quiere emborracharse; sentado en unas escalas cuenta el dinero que acaba de robar con el propósito de gastarlo en licor y así olvidarse de su mala suerte, por lo menos esa noche. Él es un joven indigente con el corazón roto, perdido en una ciudad desconocida, pero no siempre fue así. Hace un tiempo no necesitaba robar para sobrevivir, llevaba una buena vida, tenía una carrera universitaria y un porvenir brillante que comenzó a derrumbarse cuando se enamoró por primera vez; aquella atractiva chica lo incitó a que dejaran todo y que juntos comenzaran una nueva existencia. La ingenuidad de Trebor, el odio hacia sus padres adoptivos y el amor que sentía por esa soberbia mujer, lo motivaron a tomar las decisiones equivocadas.

Después de dejar su ciudad natal consiguió trabajo lavando los baños de un motel barato; al principio no le importó mucho con tal de conseguir dinero para mantener a su novia, pero cuando perdió el empleo, la pobreza y el estrés alimentaban las continuas peleas entre ambos, hasta que finalmente ella lo abandonó. Mientras camina azotado por el frío de la noche y sumido en el alcohol, Trebor pierde el conocimiento.

Con un terrible dolor de cabeza y escupiendo cucarachas que posiblemente estuvo masticando mientras quedó inconsciente, se despierta al otro día en un basurero cuando una rata mordía sus dedos.

Marilyn es el nombre con el que se escuda Sebastián y que le permite sentirse seguro, libre y hermoso. Es un sensible travestido de piel blanca, labios rosa, largas piernas y un lunar cerca a su ojo derecho semejante a una lágrima, lo cual representa

para sí “su destino de llorar por siempre”. Abandonó su casa desde muy joven después de enterarse de que su padre lo odiaba por ser diferente. Siempre se ha sentido rechazado, triste y solo, pero a pesar de ello mantiene una sonrisa y con su irónico sentido del humor se burla de sí mismo y de su desdichada vida. Muy recatado a la hora de vestir y siempre de tacones altos, vende su cuerpo a desconocidos que detiene sus lujosos autos en el semáforo a altas horas de la noche.

Marilyn disfruta los besos, las caricias y todas esas falsas muestras de amor que por instantes lo hacen sentirse amado. Vive en un pequeño cuarto arrendado en un barrio pobre de la ciudad, muy ordenado y con olor a flores; un sofá rojo, una pequeña ventana y una mesa con una grabadora, Cds de blues, jazz; revistas de moda, maquillaje y perfumes ocupan gran parte de su habitación. Al lado de la cama hay otra mesa con un televisor y películas de todo tipo, románticas en su mayoría, algunas de drama, y otras pocas, pornográficas.

Una noche, mientras depilaba sus piernas sentado sobre su cama, recuerda una pregunta que uno de sus compañeros sexuales le hizo: — ¿Te has enamorado alguna vez? — Un “blues” de fondo ambienta la respuesta que Marilyn se da a sí mismo: —El amor es demasiado complejo para alguien tan triste como yo—.

Qué época tan gris, cada parte de esta ciudad me causa depresión, pensaba momentos antes de ser perseguido por un grupo de hombres con *¡malas, malas intenciones!*, murmuraba el pobre chico mientras corría bajo la lluvia de esa tarde. Marilyn logra escapar sólo con un raspón en la cara y otro en la rodilla

y pese a que está sangrando, solo se preocupa por su único par de tacones que perdió en la fuga, al igual que su paraguas; sin contar con que sus medias veladas terminaron rotas. Riéndose de este penoso incidente se levanta, y medio cojo, continúa descalzo su camino.

Christina no deja de temblar, —Soy un fracaso como mujer, como esposa y como madre, se repite a sí misma a la vez que a toda prisa empaca su ropa en una maleta intentando abandonar a su esposo infiel, justo como hizo horas antes con su pequeña hija de cinco años, a la que dejó sin remordimientos, llorando en medio de la calle, muy lejos de casa. La falta de amor de su esposo y de su hija, desencadenó una crisis nerviosa en la trastornada Christina, quien en un ataque de ira toma una silla y rompe el vidrio del comedor, destruye todos los cuadros y se desmorona al lado de la estufa, ahogándose en su llanto. Con una herida en el brazo, ideas suicidas invaden su cabeza...

Después de tranquilizarse, rasga una foto familiar, prende un cigarrillo, peina su cabello y sale de aquel lugar con el maquillaje corrido.

Christina es una mujer dura, insensible y resentida; su niñez fue muy problemática, pues su madre alcohólica la golpeaba y su hermano mayor abusaba sexualmente de ella. Un día, cansada de todo esto, tomó un tenedor y apuñaló con tanta fuerza a su hermano en el cuello que lo asesinó. La joven creció en un reformatorio, donde fortaleció su personalidad que casi roza con lo sociópata. Ya adulta, intentó llevar una vida normal, pero el pasado se lo impidió.

Markos golpea frenéticamente el cuerpo viejo de su hermana ya carcomido por el cáncer. La cocaína aumenta su emoción y maximiza el placer de estar matando a esa irritable mujer que se quedaba sin respiración cada vez que el tubo metálico la aporreaba. El gato negro que dormía sobre la mesa fue el único testigo de la masacre; sus ojos verdes observaron cada golpe. El sonido de las costillas rotas provocaba una macabra sonrisa en Markos, con su rostro y sus ropas manchadas de sangre aún tibia. Hace poco más de 15 minutos que el corazón de la mujer se había detenido, aun así él no se detiene, sus manos continúan golpeándola casi por inercia. Cuando le rompe los dientes y una corriente de sangre choca contra la pared, el silencio se apodera del momento; Markos reacciona observando con sorpresa y asco la masacre que acaba de cometer; pellejos, entrañas y sangre salpicando todo el pasillo en esta desolada escena.

Después de unas horas de estar sentado al lado de su hermana asesinada, Markos se desnuda, limpia su cara y sus brazos, luego se pone ropas limpias y sale de casa.

Desde que sus padres fueron asesinados Markos creció solo, convirtiéndose en un hombre violento y ocultando sus emociones bajo una actitud rígida. Cuando le tocó abandonar sus estudios para cuidar a su hermana enferma decidió resignarse, pues ella fue quien lo mantuvo desde niño y de algún modo se lo debía; pero el hecho de tener que aguantar sus gritos, sus quejas, bañarla, limpiar sus desechos y preparar su comida, lo enloquecieron. Orinando en un baño público no puede contener el llanto y comienza a sentir un profundo arrepentimiento.

—¿Mamá estaría orgullosa de mí? La verdad, no me gustaría que me viera en momentos como este, soy un desastre... supongo que pronto moriré, pronto seré libre, pronto estaré con mamá— hablando consigo misma y comiendo los desperdicios que días antes olvidó sobre la alfombra, Boston se queda dormida.

El ruido de la televisión -anunciando los ganadores de la lotería- despierta a Boston; está lloviendo y parece ser que ese 12 de julio aún no termina. —*Recuerdo que cuando llovía solía tomar un baño de agua caliente y beber chocolate, ¿acaso dejé de ser humana?*— Por un instante Boston siente que algo es diferente, pero no menciona nada. Un poco más animada que de costumbre, decide bañarse, ponerse ropa limpia, escuchar música y abandonar esa vida tan miserable. Boston quiere ser feliz, demostrarse a sí misma que es una mujer fuerte y que al igual que su madre también puede salir adelante sola. Solo con un viejo radio de audífonos y una sombrilla oxidada Boston toma el tren sin rumbo fijo, pero con un propósito muy claro: existir. —*Es extraño que no haya personas en la calle o la estación de tren, la ciudad parece vacía*—, piensa Boston, aunque supone que debe ser porque ya es muy tarde y, bueno, por la lluvia.

En aquel vagón del tren sólo cuatro personas acompañan a Boston, personas que aunque no reconoce se le hacen familiares; una chica fumando cigarrillo, un joven algo sucio, una joven descalza y un chico con la mirada perdida.

—*¡Estoy cumpliendo 20 años!*, recuerda por fin Boston.

—*Conozco a estas personas: a Trebor lo conocí en un café; esa joven descalza compró algunas cosas en el supermercado; Christina vivía al frente de mi departamento y Markos estudió conmigo, ¿por qué vuelvo a encontrarlos?*

El tren se detiene y Boston se siente algo inquieta ya que los vidrios de las ventanas no la reflejan, y aunque recuerda que se bañó y se cambió de ropa, aún continúa con el mismo saco de algodón verde que usaba en casa, sucio y manchado de sangre. Inesperadamente las manos de Boston se desvanecen poco a poco, ¡la joven está desapareciendo!

Afligida, busca la salida tropezándose con Marilyn, quien le dice —*No tengas prisa, creo que, de algún modo, todos aquí somos similares y nos dirigimos al mismo lugar.* Con lágrimas en los ojos Boston le pregunta:

—*¿Acaso ya no existo? ¿no logré cambiar a tiempo?*

—*Ninguno de nosotros existió alguna vez, ninguno de nosotros logró cambiar a tiempo—*, le responde Trebor, quien al igual que los demás personajes se disipa en el aire.

Mordiéndose los labios, Christina deja caer su cigarrillo a la vez que cada parte de su cuerpo se evapora. Aún con miedo, Marilyn se siente por fin libre dejándose llevar por ese momento... Markos cierra los ojos pidiendo perdón a su hermana y pensando: —*Supuse que sería más doloroso—*. El corazón extremadamente agitado de Boston se tranquiliza, su cuerpo, sus miedos y su vacía existencia han dejado este plano.

Es 12 de julio, la congestión en el tren provoca que una mujer se desmaye entre la muchedumbre acalorada. Un niño encuentra un viejo radio de audífonos en el piso del vagón de tren e intenta encenderlo. La lluvia cae sobre las calles, sobre los edificios descoloridos y sobre las personas que corren buscando dónde escampar. Mientras todo sigue su ritmo normal, individuos sin importancia desaparecieron, desvanecidos completamente del mundo material. Individuos sin importancia que dejaron de ser individuos. Al desaparecer nadie los recordará, nadie los extrañará.

Es complicado existir cuando dejas de ser importante para ti mismo, cuando dejas de ser feliz.

Categoría Poesía

POESÍA GANADORA

Ritual. La melodía de la noche. Un suspiro con sabor a miel.

Daniel Velásquez³

Ritual

Vístete de luto,
vas a un sepelio.

Ponte mancornas de plata y corbata de seda
llena tu cuerpo de finas esencias
que no entres maloliente al reino de los cielos;
llena tu lecho de lirios, no estarás solo,
acuéstate y acomódate,
pronto empezará el espectáculo.

³ Daniel Velásquez, estudiante de Filosofía de la Fundación Universitaria Luis Ámigo, empezó a dar sus primeros pasos en la escritura a corta edad tratando de esbozar algunos poemas sombríos, cuentos pocos serios y novelas inconclusas, se declara amante apasionado de la literatura, la buena música, el teatro y las artes plásticas.

Apoya sobre tus venas las agudas cuchillas y ponte a pensar
en la amada

recuerda sus bellos ojos como espejos de agua
sueña besar sus inofensivos labios
y repite su nombre hasta quedar profundamente dormido.

Pronto te sentirás entre sus cabellos,
pronto sentirás apagar tu luz...

Hermoso ritual,
eterna prueba de que la amas.

La melodía de la noche

La melodía de los fusiles gime en las calles todas las noches
compases de fusas y blancas suenan confundidas;
danzan las angustiadas balas tratando de encontrar un te-
rritorio final,
quizá una carne blanda.

Truenan que truenan las festividades de los muertos,
no los pasados, sino estos de ahora,
un plomo solitario vuela en el cielo desorientado.

Los cañones exhalan, se abisma un color fatídico,
basura de muerte, hambre de proyectiles,
miseria, tragedia... fiesta...

Suenan con fuerza los estallidos,
bailan contentas las locas balas,

gritan, chocan, saltan,
el ritual de muerte purifica el alma.

Un suspiro con sabor a miel

Floreció el corazón de una balada nocturna,
el roce de cálidas manos, un murmullo cubierto de cortinas
celestes,
una constelación de sueños cada vez más grande,
un espíritu sumido en la eternidad,
un paso, uno más,
un puntapié al pasado de máscaras resquebrajadas,
parpadeos donde cada visión de ti es una nueva alegría.

Salto entre claveles violeta tratando de absorber su olor,
y así, como perseguidor de la aurora me pierdo en la ilusión,
se derrumban las paredes del tiempo,
todo ha acabado afuera,
mientras tú y yo permanecemos en el capullo de nuestros
brazos,
las estrellas vestidas de oro se miran en la distancia y lloran
de envidia.

Un coro de ángeles ebrios entona melodías,
dejan volar las plumas que arrancan de sus alas,
deliran al ver nuestra enfermedad queriendo evitar su con-
dición,
anhelan remplazar sus alas por las nuestras, de pétalos car-
mesí y ámbar,
desean entender los latidos del alma enamorada y fracasan.

Ha dejado de llover,
caen de los tejados a los charcos unas pocas gotas
de donde fluye una cadencia armoniosa que responde a mi
respiración,
mi ser se pierde en el conjuro,
mi mente crea noches junto a ti,
advierdo cómo se agotan mis palabras,
no teniendo qué decir,
miro fijamente la ventana entendiendo que no ha llovido.

Desaparece todo en el instante en que toco tus labios,
solo hay silencio,
no hay aves que dancen en el aire,
la naturaleza permanece inmóvil,
la tierra se olvida de dar vueltas paralizada con lágrimas en
los ojos,
aún quedan las pulsaciones de mi corazón enajenado y un
suspiro
un suspiro con sabor a miel en donde me sumerjo.

PRIMERA MENCIÓN

P o e m a s 1, 2 y 3

Bertrille Blandón Zapata⁴

1.

Tengo hambre de noviembre.
Ganas de comerme hasta el último cansancio,
hasta el último suspiro.
Hambre de todos los instantes.
Llenarme, llenarme tanto
de cualquier rincón de tus casualidades.
Tengo hambre de invierno,
hambre de dos,
hambre de beso,

⁴ Soy Bertrille Blandón, estudiante de Filosofía de La Funlam y estudiante de Licenciatura en Educación con énfasis en Artes Representativas de la U. de A. Tengo 29 años. Perteneczo al Taller de Escritura Creativa donde aprendo cada día a hacer mejor el arte de escribir que ha estado presente en mi vida desde la niñez.

hambre de cobijas,
hambre de paseo,
hambre de sexos,
hambre de pasiones,
hambre de tertulias,
hambre de amigos,
hambre de amantes,
hambre de pecadores,
hambre de hambre,
hambre de todo.
Hambre de ti echado a la diestra de mi cama.

2.

Me duermo sin sueño,
Vuelvo a los cubos.
Sábanas frías.
Pedazos de risa debajo de la cama.
Mi perro aúlla de hambre.
Bosques en llamas.
Migajas de sudor debajo del abrigo.
Olvido el dulce de la guayaba.
Juego al whisky.
Hago sahumeros al cigarro.
Camino al revés en la memoria.
Resucito en el futuro pidiendo limosna.
Salto la dieta de lentejas.
Me baño con espinas.
Caigo en el cielo de la golosa.

No me veo en el espejo.
Me cepillo el cerebro.
Me limpio las mentiras.
Cierro la luz.
Apago la puerta.

3.

*No soy nada trascendente,
nada inmaculado.
Soy un instante,
un momento desvanecido con el tiempo.
¡No me importa!
Porque no pretendo, no anhele, no persigo.
¿Dejar huella? ¿Para qué?
Es tarde...
Solo un momento recordado en tus labios
cuando pase el tiempo.*

SEGUNDA MENCIÓN

Bolitas tristes. Fuegos efímeros. Soliloquios.

Milton Andrés Ortiz Escobar⁵

Bolitas tristes

No soy poeta,
soy un susurro que arroja bolitas...

Cada noche hago bolitas,
bolitas pequeñas, bolitas tristes.

Unas las lanzo con violencia,

⁵ Mi nombre es Milton Andrés Ortiz Escobar, soy estudiante de Filosofía de la Funlam, tengo 23 años.
No escribo poesía, la uso como un bastón o lazarillo para acompañar mis torpezas y malentendidos.

otras las conservo por unos días
para mirar cada uno de sus pliegues arrugados...

Ruedan mis bolitas
lentas, melancólicas,
se juntan en un rincón de mi alma
todas mis bolitas tristes,
y cuando me enfurezco,
saltan de un lado a otro
todas mis bolitas...
Y luego, muy despacio,
Una a una encuentran ese rincón triste de mi alma.
Y se quedan allí, quietas por varias noches
todas mis bolitas.
Hay algunas que tienen nombres,
Samuel o Sofía...
martes o diciembre...
pero todas llevan el mío.
Soy todas esas bolitas tristes, que ruedan
arrugadas por las noches,
entre mis sombras...
Nunca saco la basura, por miedo a perder mis bolitas,
si sacudiera mi alma,
volarían miles de ellas,
saltarían por todas partes.
Tristes, mis bolitas...
Mi alma se ha llenado de bolitas,
y pesada,
desciende entre bolitas
al abismo de mis noches.

Y yo sólo hago bolitas,
a veces tristes,
a veces enamoradas,
a veces de papel...
y las arrojo a un costado de mí mismo.
Mientras me hundo, suavemente,
con todas mis tristezas.

Fuegos efímeros

Mi palabra es una llama leve,
muy leve,
que se agita, que no muere,
se agota, se desvanece...

Soy una llama enferma,
que se enciende taciturna
y lento, muy lento,
se apaga, desfallece...

Soy un pabilo que arde,
frágil y luminoso.
Que despacio, muy despacio.
Cae, desaparece.

Soy un fuego débil,
muy débil.
Que no muere,
se marchita.
Que aguarda como un buitre insomne
el soplo silente de la noche...

Soliloquio

Soy la mano temblorosa de una anciana que deja caer unos centavos,
soy un niño que persigue incauto su pelota,
soy una mirada flébil, un suave espejismo,
soy estos ojos abotagados de insomnio,
soy la marcha agitada de un cojo,
soy el viento caprichoso que levanta las faldas de lindas señoritas, soy esos muslos descubiertos que alivian mis derrotas.

Soy un corazón ensombrecido,
una palabra ingrátida que no encuentra su poema,
soy un oscuro pasatiempo,
un capricho, una broma,
soy un metafísico de la luna lóbrega,
un amante confeso del delirio,
soy una mentira cautivadora,
soy un beso con babitas,
un cigarrillo maltratado,
una adivinanza incompleta,
Soy el estertor de un cuervo que muere en su carroña,
soy este cansancio de saberme otro...
soy estas palabras que pasan y me abandonan,
en el vacío luminoso de mis días,
en el siniestro cadalso de mis noches.

MENCIÓN ESPECIAL

P e c a d o r a s

Natalia Bernal

Somos pecadoras por el simple hecho de amarnos.
Somos pecadoras porque las dos tenemos montañas en nuestros pechos.

Somos pecadoras porque al igual que tú, yo te beso en mis deseos.

Somos pecadoras en el silencio
y gracias al cielo que existe ese silencio.

Soy tu musa y tú mi diosa.

Soy tu anhelo y tú mi consuelo.

Soy tu libido y tú mi pulsión.

Somos pecadoras por amarnos sin compasión.

La gente se aterroriza si ve nuestras féminas manos rozarse.
La gente se escandaliza si ve nuestros suaves labios besarse.
La gente se acalora si tu mirada me dice “¡te deseo!”
la gente hace muchas cosas
y a nosotras ¡qué nos importa!
pues somos pecadoras y estamos orgullosas de nuestra condición.

Por eso que nos condene la gente
por eso que nos condene la tierra y la religión.
Por eso que nos condenen nuestros padres y la creación.
Pues ya nada nos importa
porque somos pecadoras
y nunca nadie sabrá cuán feliz es nuestro corazón.



Categoría Ensayo

ENSAYO GANADOR

Contraplegues filosóficos para enmendar falsos aciertos:
de la (in)comunicación a la interpretación

Estella Agudelo⁶

Comienzo la lectura de este escrito invocando las palabras del filósofo colombiano Edgar Garavito, fallecido en 1999 y en cuyo libro *Escritos Escogidos* se halla una posible respuesta para la transformación de un proyecto colectivo llamado Nación.

“...mi problema es cómo incluir la vida en el lenguaje, cómo evitar que el lenguaje sea un instrumento que nos aleje de la vida, y cómo -en el fondo- hacer que la vida y el lenguaje coincidan. Para eso, entonces, intentar una autonomía

⁶ Estella Agudelo Sánchez. docente universitaria hace 22 años. Licenciada en educación, especialista en Semiótica y Hermenéutica Del Arte, especialista en Intervención Creativa, estudios en curso de maestría en Filosofía. tengo 42 años. Dedico esta publicación a mi padre, Libardo Agudelo Alzate, quien me enseñó con una sonrisa que la lectura sí es el camino de salvación en la infelicidad del ser humano.

del lenguaje con relación a las formas de la lengua, y una heteronomía de las voces que hablan con relación a la idea moderna de un autor único.”⁷

Mi propuesta se orienta a abordar el campo de lo comunicacional desde un enfoque hermenéutico de dos grandes pensadores, Michel Foucault y Edgar Garavito, y uniendo dos de sus propuestas: “La Inquietud de Sí” desarrollada por Foucault en su libro *La Hermenéutica del Sujeto* y “La Transcursividad”, término que trabaja Garavito en su libro *Escritos Escogidos*.

Este escrito -como texto en estos días de la postmodernidad- intenta hacer sujeciones y también deslindes sobre la relación sujeto-objeto y su propósito de encontrar la verdad. Lo que ameritaría identificar es el no lugar de la interpretación. Digo no lugar, porque en la historia del pensamiento como sistema cartesiano que cultiva la razón, fuente única del conocimiento, la relación sujeto-objeto se basa en el sentido exclusivo de identificar el conocimiento como resultado de la relación directa de un sujeto con el mundo y volverlo contenido de verdad, es decir, evidencia.

La comprobación de dicha evidencia -el no lugar de la interpretación- tiene su soporte en el intercambio de las ideas y su significación entre emisores y receptores. Es de una manera bastante simplista y ajena a los procesos de comunicación, como la información -y su credibilidad- se convierte en la razón que gestan los *mass media* en su discurso para generar opinión pública. Procesos de información a los que nos vemos abocados

⁷ Garavito, Edgar. Autonomía y Heteronomía del Discurso Excluido en -Escritos Escogidos-. Universidad Nacional de Colombia. 1999. Pág. 269.

diariamente y que en coyunturas de gobernabilidad han sido grandes desaciertos.

La inquietud del no lugar de la interpretación me disuade de hacer una pregunta sobre la transformación cultural del individuo. Me interesa más resaltar que precisamente es la falta de individuo, o mejor aún, el poder ser individuo y no sujeto, lo que no posibilita la transformación. Individuo, término que es definido como el yo psicológico, ese sujeto encadenado a la idea de enunciar lo que conoce por fuera de sí y nombrarlo.

Esta posición del sujeto que está en “...los lugares de domesticación de la lengua, la prensa, la radio, la televisión”⁸, es la que alimenta lo que Garavito llama “palabras inútiles que escuchamos a toda hora en la vida cotidiana, en lo trivial de la vida cotidiana, las opiniones, los lugares comunes, transmitidos por los medios de comunicación”⁹ y que no permiten por ende la transformación de la cultura.

Y más difícil que transformar la cultura, sería transformar el espacio en el que nos hemos negado la posibilidad de ser “seres-ahí-en-el-mundo”, ese lugar que el filósofo Alemán Martín Heidegger esclarece al poner la existencia de nuestra realidad humana como el límite de nuestra conciencia frente a nosotros mismos, frente al mundo como entorno y los demás. Este mundo es el proyecto de vida, es el mundo vital y se nos presenta como modo de estetizar la existencia, sin embargo es agotado bajo la estrategia del in-comunicar cuando aceptamos los individuos de un colectivo este modelo que configura la relación

⁸ Ibídem, pág. 275.

⁹ Ibídem, pág. 275.

sujeto-objeto provista de la fuerza de lo dicho por los medios de transmisión de lo verosímil. Aquí quiero puntualizar que se entiende por verosímil aquello que aparenta ser verdadero y que siendo legitimado por todos, resulta creíble y por tanto termina haciendo parte del imaginario. Nos (in)comunicamos de esta manera porque el lenguaje funciona al margen de lo que se quiere transmitir como mensaje. En el mensaje, en el contenido del mensaje, podemos encontrar el sentido de la palabra texto. Todo texto es posible de explicación aprisionado por la reiteración de un lenguaje cerrado, que formaliza entonces la materialización de la idea de verdad.

Comunicar bajo esta mirada de poder construye la noción de información veraz en la que el lenguaje que habitamos no permite rebasar las condiciones comunicativas. No se abre ningún espacio para la interlocución o la práctica dialógica entre un yo y un tú. Existe solo el texto que aliena y aniquila la imaginación.

A este anti texto -el filósofo alemán Hans Georg Gadamer le dice así al texto que se miente a sí mismo- le damos credibilidad cada vez que la opinión pública interviene al enmascarar el sentido, no de lo que el texto comunica, sino de la posibilidad de comunicarlo. Somos individuos ejerciendo el conocimiento como verdad, como evidencia de una conciencia histórica desligada del cuestionarse y por tanto, responsables de una gestión no participativa para escuchar al otro en toda su dimensión de diversidad, de diferencia.

El problema que surge aquí, es aceptar una relación directamente proporcional a lo que el hombre califica de conocimiento

y su posición como inspirador y dueño del mundo como verdad. Prueba de ello es su autoconocimiento y la evidencia de que la edad moderna en su devenir cartesiano dispuso que solo se pueda llegar a la verdad por y desde el conocimiento. Somos individuos porque el consenso al que somos invitados nos sujeta en la negación de comunión, ilusión de comunicación. Se da así el creer que en el consenso mediático la deliberación se sostiene en la medida en que todos opinamos y asentimos en igualdad de sentido.

Somos individuos ágiles en asentimiento e interpretación reproductiva. Individuos, indivisibles, irresolutos, idénticos. El individuo es el compendio de la imposibilidad del sentido que invita a comprender al otro más allá de la palabra, interpretación válida en un proceso ético y estético de la acción del comunicar. La dificultad de cuestionar, de mostrar el lugar de la comprensión se diluye en aras de expandir las estrategias de la (in)comunión. Esta actitud se alza como falso acierto pervirtiendo la verdad y el sentido válido del término comprensión, espacio cuya razón de ser es el acto solidario del consenso.

Una primera sujeción que nos ubica en la ilusión de comunicación es la premisa dialéctica de sujeto-objeto y el origen del proceso que los conecta. Emmanuel Kant quien propuso que esta relación cartesiana de pensamiento presuponía dos movimientos de la mente: un movimiento del entendimiento y un movimiento de la sensibilidad. Esto es, tener dos formas de acercarse al mundo. El primer movimiento son los conceptos que generamos sobre los objetos y sus relaciones, y el segundo movimiento opera para hacer presente el objeto desde nues-

tros sentidos, lo que surge es una posición del sujeto en el espacio y el tiempo. El entendimiento y la sensibilidad fundamentan las formas de comunicar lo necesitado o lo impuesto como conocimiento y terminan haciendo del lenguaje el espacio de los acuerdos sobre las cosas. Entre la sensibilidad y el entendimiento se construye, a través de la historia, el presupuesto científico que acompañará por mucho tiempo la lógica de un pensamiento que se circunscribe al conocimiento de un objeto por un sujeto: la objetivación. Que un sujeto nombre un objeto y le dé una significación describe el vacío entre el sentido del mensaje y el receptor; es más importante recibir la información - objeto, que plantearnos la inquietud como individuos -, objeto de la comunicación.

He aquí la segunda sujeción, la instancia donde las estrategias de poder de los agentes de la información le asignan los lugares a los receptores para que en el acto del habla, del decir, no se ponga en cuestión el hábil discurso de la identidad. Se reconoce lo idéntico en el espacio donde “el poder -saber obliga a decir, obliga a repetir, obliga a obedecer...”¹⁰

La objetivación unifica tanto los sentidos como los conceptos, conserva la identidad. Garavito explica que ella es “una de las convenciones del saber y del poder” y es en ella en donde la naturaleza de la comunicación se reduce a la circularidad del contenido inicial del mensaje. El emisor genera un mensaje cuyo contenido ha de estar enmarcado por las estrategias del poder y el receptor hará de este la respuesta a preguntas que ni siquiera habían sido formuladas. Lo que se presenta es

¹⁰ Ibídem, pág. 137.

un campo deductivo de hechos que se explican a sí mismos y donde todos como receptores generalizamos y legitimamos los procesos de (in)comunicación. Es poco probable que los individuos experimenten el campo de acción de la experiencia vital del diálogo bajo esta pasividad de la comunicación. Pues yace en ellos un lenguaje que prefija un sentido, la sutil amenaza de creer que aquel que habla o transmite también es intérprete de lo dicho. El lenguaje se vacía de su tarea más humana cual es su auténtica búsqueda de palabras de lo que se quiere decir para llegar a los otros. Hemos llegado a los límites de interpretación de lo real más opresivos mediante la legitimación normativa de la mediación. Los fundamentos de los *mass media* encuentran cabida en la cultura del simulacro y de la veracidad en tanto son actos de comunicación unidireccional. Garavito lo dice así fuertemente: “Existe [...] un ejercicio de la palabra: llamémoslo un ejercicio ‘cretino’ de la palabra: hablar de lo que se ve, a otro que también ve...”¹¹. Cretino es el adjetivo connatural al proceso de in-comunicación desde y para la realidad.

¿Cómo acabar con el cretinazgo de los medios? El primer deslinde es llamado en los discursos postmodernos la fragmentación del sujeto.

Foucault invita a la escisión del sujeto y el objeto, a alejarse de las categorizaciones probatorias donde las mismas ciencias humanas han necesitado de las ciencias de la naturaleza, sus métodos y sus prácticas en aras de construir fundamentos teóricos que las defiendan. Surge como gesto creativo, como acto liberador la diferencia, práctica de reconocernos más allá

¹¹ Ibídem, pág. 234

de lo que somos capaces de decir. Si entre los que dicen y los que escuchan se experimenta la fractura del lenguaje y del pensamiento, lo que entra en juego es reivindicar lo que se quiere decir, el sentido de lo aún por decir, por encima de los sujetos en acción del habla. Se compromete de esta manera, el significado de la acción hablar. En palabras de Garavito: "...el sentido común cree saber qué es hablar porque percibe que todo el mundo habla naturalmente. Que haya comunicación [...] no garantiza que se esté hablando. Hablar, como ejercicio superior, es romper la domesticidad impuesta por el lenguaje establecido."¹²

Esta puesta en escena de ‘comunicar no es hablar’ abre una nueva postura sobre cómo nos imaginamos y nos damos forma. Somos sujetos que empezamos a desequilibrar el circuito de un emisor que emite un mensaje que se conecta con un receptor que entiende lo que le dijo. El giro filosófico que irrumpe en este modelo de hablar - escuchar “algo”, se da en tanto la interpretación de aquello oculto como mensaje es la diferencia de las múltiples interpretaciones de lo real. Estas diferencias se expanden en acciones cargadas de libertad y liberación de sí. Cada sujeto es libre de escoger las palabras que no necesita para dialogar con el otro que también se enfrenta al mismo dilema. Este dialogar en la diferencia, entre subjetivaciones, puede ser nombrado como un nuevo modo de existencia subordinado a la afección y la percepción. Cada hombre libre debe gobernarse a sí mismo gracias a una ética y una estética de la existencia. He aquí la vuelta al sujeto, nos alejamos de la

¹² Garavito, Edgar. ESCRITOS ESCOGIDOS. Universidad Nacional de Colombia, 1999, pág 199.

individuación que fomenta un proceso cerrado de información, para abrir el proceso de la comunicación donde el sujeto está al tanto de su condición de estar afectado por el mundo y del lenguaje que abarca su condición de sí y de los demás. Este principio de actuación deviene de la tarea del filosofar. Ese permanente juego del interrogante que no precisa de discursos verdaderos sino de prácticas inmersas entre nuestras pasiones internas y los acontecimientos del mundo.

Foucault lo expresa así: “La verdad es lo que ilumina al sujeto; la verdad es lo que le da la bienaventuranza; la verdad es lo que le da la tranquilidad del alma.”¹³

Revitalizar el lenguaje y a nosotros sus habitantes es la praxis interpretativa de la comunicación donde lo real cambia de sustrato; no se trata de legalizar el mundo como verdad mediada y ya dicha, es una construcción de sentido, más comprensiva como experiencia vital. Nos preguntamos cómo identificar esta praxis interpretativa. Pues la respuesta se devela en cuanto dejamos de buscar mediación de nuestro mirar en el mundo. La esencia de la acción comunicativa está en su dinámica participativa de todos en comunión. El diálogo no impone las ideas de unos seres humanos sobre las de otros. No es el consenso de la identidad sino el de la diferencia lo que busca el diálogo. Paradójicamente, es el disenso el lugar de la comprensión.

La frontera que se abre con el estudio hermenéutico de Foucault al poner en escena a un sujeto que debe desprenderse de sí, para poder reconocer al otro, retoma el ejercicio de la ética

¹³ Ibídem, Pág. 34

al demostrarnos que somos sujetos descubriéndonos en acciones para y por los otros. “‘La inquietud de sí’ implica cierta manera de prestar atención a lo que se piensa y lo que sucede en el pensamiento”.¹⁴

En el estado de la cultura del sí, todos los seres humanos confirmamos nuestra apuesta de existir. Somos generadores de prácticas fraternas sostenidas por el disenso: esta es la apuesta de la hermenéutica, es en el disenso donde la multiplicidad de voces dan sentido a la diversidad de pensamientos y formas del lenguaje. Aquí, los sujetos no necesitan llegar al consenso para comprenderse a sí mismos y en relación con los demás. Aquí el disenso se ejerce como la dinámica del encuentro de la comunicación. No se comprende cómo encontrar al otro si es idéntico a mí. El disenso como el espacio del otro que no soy yo y que me encuentra para confirmarme en mi diferencia.

Este momento del disenso reivindica la interpretación de los mensajes y el sentido que reposa en ellos gracias al desplazamiento de posiciones en un proceso cualquiera de comunicación. Frente a la masificación de la información, no es escuchar sino el interpretar el primer acercamiento a la práctica de ser sujetos. En cuanto nuestra postura de interrogar no sobre lo que se escucha, sino cómo nos daremos a la escucha cambia, comienza el vínculo distinto de acceder a aquello que seguimos esperando como verdad.

Releamos a Foucault: “...la cuestión no es descubrir la verdad de nosotros mismos sino de qué principios verdaderos es-

¹⁴ Ibídem, Pág. 28.

tamos provistos, hasta qué punto estamos en condiciones de disponer de ellos cuando sea necesario”.¹⁵

En cuanto los sujetos entran en contacto con el sentido de aquello por decir en el acto de la comunicación, el lenguaje se libera de las formas del emisor, y lo que busca es propiciar en el sujeto su capacidad de interlocución interpretativa. Este espacio de libertad del pensamiento asume la corporalidad del sujeto hablante, su experiencia de vida, su imaginario y su reflexión de cómo entiende aquello que le dicen. Espacio de libertad para la intersubjetividad, donde todos, sujetos en común acuerdo reflexivo e interpretativo validamos el disenso como apertura de conceptos, de imágenes, de experiencias, de la palabra viva. Este es el deslinde, la ruptura que Garavito llama Transcursividad, la justificación filosófica de transgredir el discurso—mensaje homogenizador de los *mass media*, el monólogo—emisor del poder y el diálogo—receptor cerrado, círculo del mensaje sin sentido. Un transcurso, es el nuevo discurso compuesto por el conjunto de fuerzas y elementos que permiten la transformación que conduce a desprenderse de sí mismo.

La Transcursividad es una postura siempre abierta a la comprensión cuyo ámbito del conocimiento no se agota sino que se transforma cada vez que ponemos en práctica “la inquietud de sí”.

No podemos cambiar el mundo, pero sí la mediación y la mirada impuesta sobre él. Si a cada individuo le es dada la posibilidad de la inquietud, del asombro, del interrogarse en su

15 Foucault, Michel. *La Hermenéutica del Sujeto*. Fondo de Cultura Económica. 2002. Pág. 499.

condición de ciudadano, de interlocutor en la sociedad, la realidad estará expuesta a la interpretación y ella convocará a la multiplicidad de voces cuya función será la de intervenir donde la domesticación del lenguaje continua.

Esta es la instancia de la comprensión, una relación política de todos en donde la responsabilidad de nuestras actuaciones y nuestras palabras, esto es, de nuestras intervenciones pasa a ser la esencia del acto del comunicar.

Termino citando a Gadamer: “la verdadera solicitud no consiste en ocuparse del otro sino en dejarlo libre para que pueda a llegar a ser él mismo...”

PRIMERA MENCIÓN

La investigación en la lógica del formato o la muerte de conocimiento

David Esteban Zuluaga Mesa¹⁶

Acaba de pasar la primera década del siglo XXI. La primera década de un siglo que traería consigo un glorioso abanico de desarrollo científico y tecnológico que beneficiaría a la humanidad entera. Sin embargo, y contando unas cuantas variaciones en las percepciones de algunos filósofos contemporáneos como Richard Rorty y Paul Ricoeur y algunos neologismos insertos en las dinámicas de un mundo “posmoderno” -Lipovetsky- y para otros “líquido” -Bauman-, no ha pasado nada, aun cuando las universidades siguen insistiendo en que en la investigación está el cambio.

¹⁶ David E. Zuluaga M., Filósofo de la Fundación Universitaria Luis Amigó, magister en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana, docente de tiempo completo de la Funlam.

En la reunión con motivo del Premio Santiago Ramón y Cajal a la investigación, Xavier Zubiri planteaba la siguiente pregunta: “¿Qué es lo que se investiga? Evidentemente investigamos la verdad, pero no la verdad de nuestras afirmaciones, sino la verdad de la realidad misma. Es la verdad por la que llamamos a lo real, realidad verdadera. Es una verdad de muchos órdenes: físico, matemático, biológico, astronómico, mental, social, histórico, filosófico, etc.” -Zubiri, 1982-. No obstante, ocuparse de la “realidad verdadera” no quiere decir que se investigue, esto sólo podría indicar que se posee algo -un fragmento- de una realidad, algo que por demás nos es dado y que se puede abarcar comprendiendo su estructura fundamental; en último término lo que se posee como “realidad verdadera” son consensos, una confianza ante el mundo que pareciera darnos la certeza de que todo está bien, tranquilo.

El que investiga debe estar dotado de una buena capacidad crítica, que en la dinámica de la pregunta no se aventure únicamente a indagar bajo el amparo de lo positivo, de los hechos, sino que piense un mundo en el que todo se interrelacione y esto requiere, sin lugar a dudas, que el investigador instaure un ejercicio dialógico que le permita entrar en discusión con lo que hay.

En este sentido, la investigación debe convertirse en una instancia crítica de los distintos marcos contextuales que permita ejercer dinámicas alternativas, que en la línea de lo que señala Zubiri, no pretenda una validación de sus propias afirmaciones, sino un diálogo con la realidad misma.

Lo anterior significa “[...] romper con la idea de la universidad napoleónica que organiza los saberes en compartimentos incomunicados [...] para abrazar las condiciones de desarrollo del conocimiento que se implementa desde finales del siglo XIX” -Mejía, Muñoz & Vargas, -2009- de ahí que la investigación en la universidad deba aprender a pensar primero la propia universidad; las universidades en cabeza de sus rectores y demás administrativos deben propender por una reflexión inteligente alejada del *temor a pensar* académicamente. Son los directivos los que deben transmitir a través de políticas claras, la confianza que la investigación y el trabajo académico en general, han perdido.

Mas ¿es la investigación una prioridad para los entes administrativos de la universidad, más allá de ser un valioso indicador para procesos de Acreditación y Registro Calificado? Hay que tener en cuenta que hablar de una investigación proyectada al diálogo, así como otras fuente de desarrollo intelectual que procuren esta misma intención, necesita de unas consideraciones favorables en términos de lo que se refiere concretamente a las instituciones, asunto que difícilmente se presenta, pues las universidades tal como las conocemos hoy, y de ello no está exenta la Funlam, están insertas en un profundo desarrollo administrativo, que más que favorecer los procesos de transmisión y generación del conocimiento desde puntos alternativos a la docencia y extensión -principales funciones sustantivas al igual que la investigación-, lo que hacen es desplazar el desarrollo académico e intelectual a un lugar primario e inferior a la “absurda”-aunque también neCésaria-lógica del formato.

Ante este desalentador proceso, se desvela la idea –lamentable por demás– de que al margen de las universidades reposa el conocimiento dinámico, fluctuante y en esa medida escapando -sin mucho éxito- de las consideraciones de formalismo extremo a que se ve sometido. De ahí que la universidad, nuestra universidad, deba ser pensada. La idea es transferir el conocimiento, no desplazarlo.

En efecto, señala Patricia Elena Ramírez: “En este ámbito especulativo resulta importante comprender que las nuevas demandas siempre acusarán inestabilidad y desasosiego [sobre todo en los espacios administrativos]; eventos consustanciales al ser humano cuando toma decisiones de explorar otros universos de significado, a los cuales apenas se acerca tímidamente”. (Ramírez, 2009)

El investigador es en esta medida, al igual que el filósofo, como sugiere Jostein Gaarder, hermano del artista, su tarea es desvelar lo que reposa palpitante ante los ojos del hombre desprevenido, la investigación es en este sentido un mostrar algo que reposa oculto y que busca, al igual que el arte y la filosofía, recordarnos la vida, ponernos al límite de la propia existencia.

Esperemos pues, que en esta segunda década que se inicia, el desarrollo de los estudios CTS -ciencia, tecnología y sociedad- sea lo suficientemente crítico como para darse cuenta, al igual que las universidades, de que hace falta más que aumentar 0.5% del PIB para lograr impactar favorablemente a las comunidades con la investigación, pues además de dinero se

necesita conciencia para entender que la base de la Academia es el conocimiento mismo y que más vale un trabajo investigativo de calidad, que la cantidad como sinónimo de calidad.

Bibliografía

Mejía, Muñoz & Vargas. (2009). Métodos y conocimiento Teológico. *Textos y Argumentos*, 14, 50.

Ramírez, P. (2009). Presentación. En Jaramillo, & Jaramillo, Víctor & Zuluaga David, *Línea de investigación en Estética, poética y hermenéutica* (pág. 60). Medellín: Fondo Editorial Funlam.

Zubiri, X. (19 de Octubre de 1982). *Zubiri.org*. Recuperado el 10 de Marzo de 2011, de <http://www.zubiri.org/works/spanishworks/investigar.htm>

**SEGUNDA
PARTE**

*Selección de textos del
taller de escritura
creativa funlam
2011*



El billete con bigote

Juan Camilo Arias Castrillón

Piense que usted camina hacia su oficina, como en un día cualquiera, y compra un café, como en un día cualquiera, y al momento de pagar busca en su billetera un billete -porque para eso sirven las billeteras, para guardar billetes, como su nombre claramente lo indica- y solo encuentra uno de veinte mil pesos; paga su café, como en un día cualquiera y recibe su devuelta, pero esta devuelta no es una devuelta como la de un día cualquiera, en la devuelta hay un billete de diez mil pesos, con la cara de Policarpa Salabarrieta, una heroína de la patria -;cabe aclarar, por la fama con la que Colombia cuenta en el extranjero, que aquí heroína hace referencia a su carácter de héroe femenina, digna del honor de próceres como Santander, Bolívar o Nariño-; y piense que usted fija su atención especialmente en este billete porque justo en la cara de la Pola, justo en su labio superior, ahí debajo de su pequeña nariz hay un bigote azul a

lo Dalí, dibujado quizás por un artista urbano, o por un hombre aburrido, o tal vez por alguna mujer irreverente.

Piense que a usted le atrae especialmente este billete por su carácter pseudoartístico, y piense que por tal motivo se propone conservarlo.

Considere que por azares, que los dioses del destino ponen frente a nuestros caminos, usted no tiene más que este billete, el billete con el bigote, para pagar su pasaje en el autobús. Con tremenda tristeza usted se desprende de su pieza artística y pasa el día pensando en las manos que tendrán el billete en su poder sin apreciar en lo más mínimo su valor de obra de arte.

El conductor del bus recibirá el billete pero ni siquiera lo mirará antes de entregarlo a la señora con dos niños que se subió dos cuadras después de usted; ella se lo entregará al vendedor de chocolatinas que se subió al bus cerca de la estación del Metro; él se lo entrega a la cajera de la cigarrería donde compra las chocolatinas, ella lo pone en la caja donde reposa unas horas, hasta que un hombre cualquiera viene a comprar unos dulces para vender en el bus, y lo entrega a otro hombre que le compra unos dulces para llevarle a sus hijas en casa; le entrega el billete a su esposa para comprar leche, ella lo recibe preocupada porque cree que el hombre de la tienda no lo va a recibir por el bigote y cuando se lo entrega mira hacia el piso como para evitar que se descubra su cara sonrojada por la vergüenza. El hombre de la tienda usa el billete para pagarle a su abogado en su proceso de divorcio y usted, abogado de oficio, se alegra de que el billete haya vuelto a sus manos, usted se

siente vivo de nuevo, siente que la vida vuelve a ser color de rosa, usted se siente completo otra vez y se promete a sí mismo no volver a desprenderse de su pieza invaluable, ese billete, quizá el único en el mundo, que tiene una imagen de Policarpa Salabarrieta con un bigote a lo Dalí en el labio superior justo debajo de su pequeña nariz.

Tristemente y por azares que los dioses del destino ponen en nuestros caminos, usted no tiene más que el billete con bigote para pagar su pasaje para el bus.

Instrucciones para tomar el autobús

Juan Camilo Arias Castrillón

A quien más sino a ti.

Hay que comenzar por fijar su destino, con el propósito evidente de diferenciar el destino correcto del incorrecto, muy bien lo advierte el gato de Cheshire: cualquier camino es bueno si no se sabe a dónde se va; aunque este paso puede resolverse decidiendo simplemente que se va a cualquier parte, en ese caso cualquier camino sería correcto e incorrecto a la vez.

Una vez escogido el destino es momento de seleccionar la ruta para seguir, considerando la cercanía de esta última a su posición actual y al destino final. Si no se toman en cuenta estos dos puntos se puede caer en la desgracia de que el punto final de la ruta esté lejos del lugar correcto, o, por otro lado, tener que realizar una travesía quizá demasiado larga con el fin de tomar la ruta adecuada.

Ahora sobre la ruta, ubique un paradero y colóquese dentro de este, -aunque en algunos lugares esto no es necesario puesto que los autobuses se detienen en cualquier lugar-, y una vez allí espere a que pase el autobús seleccionado. Cuando lo haga, usted debe señalar su intención de subir a dicho autobús, puesto que de no hacerlo es posible que sea condenado a la espera de un nuevo autobús, a cambiar de ruta, o hasta cambiar de destino.

Ya estando en el autobús usted puede estar tentado a pensar que la aventura ha llegado a su fin y que es solo cuestión de tiempo para llegar al lugar correcto; se le recomienda que aleje esta idea de su cabeza tan pronto como le sea posible.

El siguiente paso consiste esencialmente en identificar la angustia que deviene de abordar el autobús: usted está a merced del mundo, usted puede llegar a sentir que no es dueño de sí, siente que cualquier cosa puede suceder y está indefenso; la siguiente persona en subir puede ser un ladrón que condene a todos los pasajeros a desprenderse de sus valiosas pertenencias, de su reloj, su anillo de compromiso, su dinero, su teléfono celular, y en casos graves, hasta de su virginidad; o tal vez puede ser un vendedor de dulces, ¡qué horror! O tal vez la ruta que escogió para llegar al lugar correcto no está circulando por el camino adecuado y usted siente que va a llegar a un lugar incorrecto, no hay nada más angustiante que llegar al lugar incorrecto, de ahí la importancia del primer paso.

Después de identificar la angustia que produce la incertidumbre sobre lo que va a pasar en el autobús, o con su propio ser estando allí, usted debe simplemente tratar de convivir con

esa angustia, o acallarla con música, un libro, o pensamientos relativos al paisaje; encontrará que algunos pasajeros procuran dormir, quizás sea porque están cansados, porque no quieren ceder su puesto o porque es su manera de contener la angustia.

Ahora bien, una vez usted logre advertir que se acerca a su destino debe proceder con las maniobras de descenso; levántese cuidadosamente de su asiento, si lo tiene, y comience a caminar hacia la salida que usualmente está en la parte posterior del autobús. Si puede bajar por delante o por detrás considere su ubicación y procure, en pro del menor gasto de tiempo y esfuerzo, transitar el menor camino entre su puesto y la salida; esta caminata puede ser un simple balanceo en el que hay que procurar no perder el equilibrio, o en algunas horas del día cuando el autobús está lleno de personas puede ser toda una odisea ya que hay que procurar, no solo conservar el equilibrio, sino también abrirse camino entre la multitud, cuidar sus pertenencias y realizarlo en el menor tiempo posible con el fin de no pasarse de su destino. Antes de descender debe anunciar al conductor su intención de terminar su viaje, puede hacer uso del timbre, puede gritar o incluso puede silbar; debe esperar a que el autobús se detenga, puesto que es peligroso descender de un autobús en movimiento.

Finalmente descienda del vehículo, al principio puede ser extraño sentirse tan quieto, pero es importante que usted se tome un tiempo para sentir cómo la angustia se va tras el autobús, usted se siente libre, siente que el aire fresco fluye a través de sus pulmones, usted se siente al fin dueño de sí mismo, otra vez y solo hasta el próximo viaje.

Felipe Sánchez Hincapié¹

Los Claveles

No fue otro de sus arrebatos. Doña Matilde se paró de su silla mecedora y cerró la ventana por donde todas las tardes miraba la calle, con sus viejas casas y esa soledad que vigila a las pocas personas que pasan por allí.

Examinó la casa, con sus extensos pasillos, creyendo que se había entrado un ladrón por el jardín; pero eso solo fue un miedo infundado. Su mirada seguía recorriendo uno a uno los rincones de la casa, ubicada en el centro de la ciudad, y le complacía ver todo en su lugar. Volvió a sentarse en su silla mecedora, ya nada podía alterarla.

¹ Felipe Sánchez Hincapié: Medellín, 1989. Artista plástico de la Escuela Superior Tecnológica de Artes Débora Arango y estudiante de Comunicación Social de la Fundación Universitaria Luis Amigó. Asiste al Taller de Escritura Creativa de la FUNLAM y ha participado en diferentes eventos y publicaciones

A pesar de la calefacción, no se había podido acostumbrar al frío que hacía por esos días. El pequeño apartamento permanecía en desorden, la cocina llena de platos sucios, la cama sin tender y unas cuantas prendas de vestir regadas sobre ella. César no se preocupaba por darle orden a su hogar, solo lo hacía antes de que llegara alguna visita, pero ese día nadie iría a visitarlo. Miraba por la ventana el acostumbrado caos de la ciudad, similar al de su apartamento. En medio del desorden sabía que tenía algo pendiente y que, a regañadientes, debía hacerlo.

Doña Matilde encendió un cigarrillo. Era una fumadora implacable, y a pesar de que el médico se lo había prohibido, disfrutaba de una tarde solitaria amenizada por el humo. “Una vida sin vicios es como un carnaval sin máscaras, donde todo el mundo conocerá tus tristezas.” Les decía a familiares y amigos, quienes en vano trataban de convérsela de que dejara el cigarrillo. A medida que fumaba se iba quedando dormida. Había esperado muchos años para poder estar así, meciéndose en su silla tranquilamente.

En un solo día, el piso del apartamento de César se cubría con diez o veinte colillas de cigarrillo. A pesar de la estrechez del lugar, caminaba de aquí para allá mientras fumaba ansiosamente y una estela de humo dibujaba sus pasos. Se detuvo ante su escritorio, que irónicamente era el único espacio que permanecía en orden. En el centro estaban la máquina de escribir, unas hojas de papel en blanco, un lapicero de tinta negra y un encendedor sobre un paquete de cigarrillos. Después de escribir, siempre volvía a ponerlo todo en su sitio. Se sintió incómodo de solo saber a quién iría dirigida esa carta que pensa-

ba redactar. Habían pasado tantas cosas que no sabía por dónde empezar; pero de lo que sí estaba seguro era de que no quería alardear de sus triunfos, ni tampoco dramatizar sus fracasos.

Cansada de mecerse en la silla, doña Matilde se fue hasta la sala y se sentó en una de las poltronas. Contempló la mesa del centro y los portarretratos que estaban sobre ella. Se puso nostálgica al ver cómo aquellos momentos quedaron relegados al recuerdo: sus hijos en el jardín de la casa, su esposo montando a caballo, ella y sus tres hermanas caminando desprevenidas por Junín. Suspiró y volvió a encender un cigarrillo. Por las cenizas y colillas que llenaban el cenicero, se notaba que esperaba algo. No estaba ansiosa, pero quería de una buena vez terminar esa espera.

Las hojas de papel caían arrugadas agresivamente. César miraba desconcertado la máquina de escribir y fumaba sin parar. Se paraba del escritorio, estiraba sus brazos y volvía a sentarse, pero esas breves pausas no le servían de nada. Las teclas de la máquina no se movían con la soltura de antes. Para él, era más fácil escribir sobre la vida de otros que de la suya. Intentó hacer un boceto, pero el lapicero solo llenaba de tachones la hoja de papel. Después de mirar por la ventana cómo la nieve cubría las calles, comenzó, por fin, a escribir la carta.

Doña Matilde no esperaba un vestido que le había encargado a doña Lilia, su modista de confianza; tampoco a su esposo, poco le interesaba a qué horas llegaba del trabajo. Su hija Claudia estaba en la universidad y ninguna amiga iría a visitarla, era una mala anfitriona a la hora de atender cualquier

visita. Sintió frío, se paró y fue hasta su habitación por un saco. Luego fue al jardín y se quedó mirando unos claveles rojos, sus flores favoritas. Pensó que en algún momento de su vida quiso ser como ellos: a pesar de su quietud no tenían que cargar con los sufrimientos de otros. La monotonía la tenía así, fatigada como la tarde que empezaba a caer. Ya en la noche todo volvía a su ritual: atender a su esposo, conversar con su hija mientras ambas tomaban tinto, rezar el rosario y dormirse, resignada a esperar eso que el destino y el azar le debían.

Después de haber escrito sobre su estancia en esa ciudad, de su primer cuento publicado en una revista literaria, cosa que nunca sucedió en su tierra natal, de una francesa con la que había tenido una relación fugaz, del frío que le comía los huesos, de no poder plantar unos claveles porque no tenía jardín en su apartamento, del desplante que le hizo un editor al no publicarle su novela, de la austeridad con que vivía, de su marcado acento paisa a la hora de hablar en inglés, de los gringos y su parquedad, del bullicio al que ya se había acostumbrado, de las tardes de cine y noches de jazz, de preguntar por la familia y los amigos de la infancia y de aclarar que solo volvería al país cuando la adversidad se hiciera presente, porque en la distancia podía dedicarse a lo que le gustaba. A pesar de la modestia que eso significaba, César expulsó satisfecho una espesa bocanada, como si se hubiera librado de algo que su consciencia le insistía en expulsar. Dobló cuidadosamente la hoja, la depositó en un sobre y sin dudarlo se fue a dormir. Al otro día tenía que hacer muchas cosas, entre ellas llevar la carta a la oficina de correos, para que pudiera llegar a su destino.

Días después, doña Matilde estaba en la cocina preparando un café a regañadientes, una amiga suya había llegado de visita. Así fuera con antelación o de imprevisto, a ella no le gustaba seguir los caprichos de quienes llegaban a su casa. Eran las dos de la tarde cuando alguien tocó la puerta. Pensando que era otra de sus pocas amigas la abrió, y para tranquilidad suya, solo era el cartero. Después de firmar el envío cerró la puerta, y a pesar de la insistencia de su amiga por enterarse del contenido de ese sobre, ella no le prestó atención. “Nueva York, 17 de diciembre de 1983”, leyó en voz baja la carta y después de hacerlo, la dobló y encendió un cigarrillo. “¿Quién te escribió, Matilde?” Preguntó la imprudente amiga. Doña Matilde, aliviada, suspiró: “Hay César, si supieras hijo mío cuánto te recuerdan los claveles de nuestro jardín.”

El monstruo

Bertrille Blandón

Todos querían jugar, yo no. Siempre me quedaba en el salón de clases a esperar que terminara el recreo. Odiaba caminar. Moverme era una pesadilla indescriptible, dar cada paso me hacía perder el aliento de tener que cargar con el peso de mi pie derecho; pero de la rodilla hacia abajo. Allí estaba la concentración de todos mis problemas.

Un día salí de la escuela y el transporte me había dejado, tuve que caminar hasta la casa. ¡Qué desdicha! En la gran caminata me distraje con un yo interior que me ponía quejas de cómo hacer para obviar esa parte de mi cuerpo de la rodilla hacia abajo que comenzaba a estorbarme en la medida en que yo me hacía más grande.

Me desorienté, parecía loco. En ese letargo en el que me dirigía hacia la casa, comenzó a llover, pero estaba tan ensimismado que no presté mucha atención. Iba concentrado en mi desdicha de tener que arrastrar mi pie derecho conmigo de por vida, sintiéndolo como un peso y no como una bendición, como dijo mi madre al verme nacer, pues era un niño sano y no me hacía falta nada. Me distraje lo suficiente como para meter mi pie en un hueco de alcantarilla; me desperté en un hospital.

Mi madre estaba furiosa, yo no sabía qué me había sucedido porque estaba atontado y a mis diez años todavía me daban miedo los médicos. Rompí a llorar sin ninguna explicación, porque ahora que lo recuerdo no sentía ningún dolor, nada, absolutamente nada. Mi madre me abrazó y me calmó acariciándome la cabeza. Luego me explicó que había caído a un hueco y que me había roto el pie.

Me miré el pie y estaba roto justo donde había trazado esa línea divisoria de lo que no quería que fuera parte de mí. Sonreí; inmediatamente pregunté: ¿Me lo van a cortar? Pero nadie me contestó. Luego me pusieron un yeso que por desgracia hacía aumentar más el peso que ya traía. Sentí tanta vergüenza y desdicha, tendría entonces que aguantármelo vendado por dos meses y tratarlo delicadamente porque debía mejorar.

Aunque en mi mente estaba esa pesadilla, nadie la notaba. Era un pensamiento más que mío, y lo llevaba conmigo aunque no me hiciera feliz. Pero ahora, él tenía toda la atención bajo esa ropa blanca y tiesa que le habían puesto. No lo podía creer. Ahora todos se fijarían en él.

Pasé los dos meses encerrado en mi casa. No quería salir, no quería más que esperar que se me cayera de un momento a otro. Pero cada día que empezaba era en vano porque él no se iba. Al contrario, se estaba regenerando el hueso y poniéndose bien, atado a todo lo que uno tiene por dentro para quedarse para siempre conmigo.

De chico no tuve ideas claras de cómo hacerlo desaparecer, siempre guardaba la esperanza de que un día ya no estaría y me dejaría en paz. Me recuperé y volví a la escuela; frustrado, acepté mi condición de ser un chico normal con sus cuatro extremidades completas.

Salí del colegio, fui a la universidad, me casé, y ni siquiera a mi esposa le confesé mis pesadillas con aquel pedazo de cuerpo que me hacía sentir infeliz muchas veces al día y todas las noches de mi vida. Averigüé mucho. Hice investigaciones sobre si una persona con una extremidad sana podría cortársela en una clínica, pero no era legal. Estaba frito. No tenía salida. Terminé por resignarme.

Pero después de un tiempo, comencé a alucinar y comenzó a hacerse más tormentosa para mí aquella pesadilla; para colmo, por esos días tenía que salir de viaje y solo pensaba en la vergüenza que debía pasar con ese pedazo de carne acompañándome, pesando más que mí maleta de viaje.

Un día antes de la salida estaba desesperado, no podía controlar la respiración, traté de dormir pero me desperté por las pesadillas y la sudoración. No pude más, me levanté despacio

sin que mi mujer se inquietara, mi mente estaba en blanco, actuaba casi inducido por una motivación fuera de mi propio ser. Salí al supermercado y compré hielo seco, creo que fueron varios kilos; no me importaba el valor. Regresé a casa y los puse en la bañera.

Veía cómo salía el vapor del agua congelada, nunca se me había ocurrido esta solución; estaba feliz.

El agua y el hielo eran perfectos, era místico ese momento. Cómo no lo había pensado antes, me dije. Dejaría de ser un hombre infeliz para ser un hombre completo. Sumergí mi pie en esa agua helada y tibia a la vez, tibia para mi corazón que se sanaría de tantos inconformismos. Me quedé dormido del placer tan inmenso que sentí al estar allí, deshaciéndome de un monstruo que no quiso desaparecer por cuenta propia.

Desperté de nuevo en un hospital, pero mi esposa me dio la noticia de que lo habían salvado.

Seres extraños

Camilo Andrés Vargas Garrido¹⁷

A mí me gusta mucho la calle; seguro habrán escuchado esa frase varias veces. Me gusta la gente que anda, con tiempo, amantes del cemento, trasegadores del polvo, parias, esteparios, nómadas. A mí me gusta mucho la calle, pero no estoy tan loco para andar “dando papaya”, como dicen los pelados, expuesto a atracadores o a violadores, o a gente rara.

¹⁷ Mi nombre es Camilo Andrés Vargas Garrido y soy estudiante de sociología de la Universidad de Antioquia. En la literatura busco acercarme, aunque sea un poco, a los rasgos que más me obsesionan del vivir en sociedad: la calle como un lugar multiforme y abigarrado, el sentir y el pensar que se resquebrajan entre sí, y la fantasía emergente de la ciudad. Con ellos evito, no del todo, ser consumido por la razón.

Yo no sé qué tiene la ciudad pero a mí me mata, en ambos sentidos, supongo: por un lado me siento aliviado, aunque por el otro, me agobia. No dejo de pensar en lo poco “normal” que es, en lo que sucede cuando luego de medianoche y después de que todos los esbirros se hacen su día e impera el caos del silencio, quién o qué se mueve por ahí, cubierto por las sombras. Qué cosa más curiosa: cuando uno sale a caminar desprevenido y solitario, sin embargo se siente rodeado por seres que no ve y no escucha.

Hace un par de días tuve una idea para volver a andar, sin miedo de lo que se me pudiera aparecer. Pensaba en cuánto podían saber los indigentes, los viejos pobres nocturnos o diurnos, movidos por el hambre; cuánto habrán visto, desde lo más horrible hasta lo más hermoso de la calle. ¿Quién se fija en un viejo infortunado? ¿Quién ataca a un miserable? A los muertos nadie los molesta y menos a los que, muertos, siguen vivos. Suyo es el mejor disfraz para conocer la noche.

Pensé que lo más fácil era conseguir ropa vieja, o romper la mía, ensuciarla. Pero para estar bien protegido debía imitar a cabalidad al indigente común, a ese que no sólo se ve arrollado por la vida, sino que huele a eso: a la mixtura del sudor de años, y a la mugre de mil esquinas. Para ello fui a un sector apartado: un terreno baldío con pequeñas capas de hierba verde oscura, ocupado por un puñado de infortunados. Me moví tranquilo entre ellos, buscando -oliendo- al peor. Me acerqué al indicado y medio en murmullo le dije:

—Viejo, ¿cuánto me cobra por esa ropa que tiene puesta?

El anciano, sin dientes, sonrió: —Ah, bueno, veinte mil pesitos y un almuerzo.

—Listo, contesté, sacando treinta mil pesos por los que recibí una sudadera y una camisa inmundas que el viejo se quitó con afán, como quien no hubiese almorzado.

En cuanto a mi cuerpo, pues encajaba: delgaducho -por el desorden al comer-; mi rostro puede develar los tejemanejes de la cabeza. Tenía todo listo. Faltaban algo de polvo y de tierra en los brazos, cara y pelo; mis zapatos serían los pies.

Yo soy un tipo muy racional; hay cosas en la vida que uno debe hacer, como ésta. La noche ya empezaba a emerger y a la vez todo se llenaba de luces amarillas y blancas; la gente volvía abatida a sus hogares y yo aparecía en escena envuelto en el hábito de la pobreza. Los primeros segundos estuve a punto de vomitar, era como si el sufrimiento y la desazón del viejo me llegaran con el hedor de su ropa. Esperé un poco para endurecer mi estómago y continué. Luego comprobé, al andar, acompañado de un costalito roto, las miradas reticentes de las personas; también las de mis semejantes, que me observaban con la complicidad de quien hace parte de algo más, mayor a sí mismo. Seguí caminando.

En el camino, la ciudad iba tomando cada vez más los matices que me gustaban: mucha menos gente, la soledad nostálgica, el viento polvoroso, las luces que se apagan lentamente en las ventanas y algún taxi o bus furtivo en dirección a su hogar. A mí me gusta mucho la noche. Si no fuera tan duro vivir en la calle, lo haría, pero mi familia es adinerada y no soportarían

ver a su único hijo de reciclador. La oscuridad sigue su paso, se traga todo, las débiles luces de los postes no pueden contra semejante velo. Ya son las once de la noche.

No hay gente, la ciudad está muerta o en coma. Ahora, como salidos de las cloacas, emergen los seres secundarios de la noche: los atracadores, los violadores, las putas, los mendigos, los pedófilos en sus carros; pero nadie extraño. Nada que yo -o la gente común- no pueda esperar. Pasa el tiempo y los esbirros han hecho su día y regresan. Ahora sólo estoy yo. Sigo, endeble y con frío, el piso ha lastimado mis pies desnudos y el aire gélido los entumece. Ya es la una de la madrugada.

Algunos de mis amigos están arrumados en paredes mancilladas por su piel teñida de mugre; otros, hacinados para protegerse del frío, ninguno despierto. Aún nada inusual. Me pregunté: “¿Será que no existen tales seres, los individuos de las sombras, los desconocidos, los diferentes, los disfrazados de día pero desnudos a la luz lunar, los forajidos de la ciudad, los voraces...? ¿Será que me están mirando ahora? Pues si lo están haciendo, ya se habrán dado cuenta de que no soy un ser secundario de la noche, que vengo de lejos, pero que siempre los he sentido cerca”. Sigo pensando y observo a mi alrededor las vías intactas, congeladas, la ciudad está quieta para mí, es la fotografía en mi mano, la imagen danzante. La ciudad es hermosa. Ya son las dos.

Cuando pasaba por mi cabeza la idea de partir y regresar -tal vez- otro día, vi a un muchacho de unos 14 años, con una bolsa negra en la mano; cruzaba una vía distante. Pude divi-

sarlo unos segundos, pero solo eso me bastó para emprender el camino hacia él. Al seguirlo algunas cuadras, por fin, lo vi, sereno, al lado izquierdo de un zaguán, iluminado por la poca luz. En éxtasis, me acerqué lentamente para verlo de espaldas mientras él hacía unos chasquidos como si mordiera algo duro. Al estar a unos cuantos metros se volteó súbitamente: su cara, pulida y brillante, contrastaba con el líquido negro que tenía alrededor de su boca. En sus manos sostenía lo que parecía un perro, tal vez un gato muerto; lo estaba comiendo crudo. Curioso y aterrado, inquirí al niño:

—¿Qué estás haciendo ahí, pelao?

El chico, sin un cambio notable en su rostro, respondió lentamente, como si no pudiera contener su hambre voraz.

—Comer es más rico a esta hora. Se consigue lo de varios días. Ya después es muy duro, porque llegan los profanos, y esos sí son de cuidado.

Al terminar la frase el chico volvió a lo suyo, como quien no ha aprendido a trinchar, seguía cortando al animal, con esos dienteitos nocturnos mientras se alejaba dejando el eco de su constante chasquido: shag shag... shag shag... shag...

Volví a estar solo, feliz, como si me hubiera revelado una respuesta que yo ya sabía, íntimamente. Miraba al piso y pude ver algunas gotas negras, ahora manchas deformes que luego se secarían por el sol. Una sonrisa iluminó mi rostro.

La sombra de las cucarachas

Camilo Andrés Vargas Garrido

Las cucarachas son insectos despreciables. Y no lo digo por el aspecto: seis patas peludas, un cuerpo ovalado cubierto por dos alas inútiles, y un cuello protegido por una placa que dibuja dos círculos negros, simulando una especie de casco; la cabeza es triangular, escondida por el casco y un par de antenas, largas e inquietas. Son seres noctámbulos, por lo cual están teñidos de colores mortecinos. El problema es que han sabido agruparse, se esconden en las noches, se mueven evitando cualquier bombillo o destello. Si alguien entra a una sombra, desprovisto de luz, puede que tal vez no salga, lo digo yo. Así está Medellín.

Recuerdo cuando la gente empezó a percibir las primeras desapariciones. Alguien salía a la calle luego de las diez de la noche y no volvía a su casa. El hecho se repitió muchas veces en toda la ciudad, por lo que se decretó un toque de queda. Luego de las ocho o nueve, incluso a las siete, ya nadie quería salir. Sólo unos pocos arriesgados lo hicieron, aunque conocieran el peligro de deambular por esquinas o calles sombrías. Las noches se tornaron desiertas, sin gente, pero bien se sabía que donde se cerniera la oscuridad, habría seres al asecho, secundados por cientos, a veces miles. Desaparecerían todo, hasta huesos o cualquier parte sólida. No quedaban restos.

Un hecho irónico fue que los homicidios y los crímenes disminuyeron. Bien; ya no estaba la noche, madre protectora de lo vil, de lo sórdido, para ocultarlos. Tenía dueña o dueñas. Por lo cual todos los esbirros se volvieron presas, fueron obligados a huir a moteles y a hacer sus mezquindades de día, obviamente con mucha más dificultad. Los que no tuvieron cómo guarecerse, los indigentes, los drogadictos, los recicladores fueron desgarrados por la sombra y jamás se los volvió a ver. Un gran fracaso para los cementerios, porque no había nada qué enterrar.

La ciudad entró en algo así como una “mentira alegre”. El asunto en sus inicios fue de ardua discusión, se debatió y hasta hubo intenciones de tomar medidas; aunque todo al final fue descartado. Las gentes, temerosas de la pobreza que en esta ciudad huele a muerte, decidieron sumirse en un orden frugal y abstemio, lejos de drogas y placeres nocturnos. El miedo ya era una virtud, entonces, mejor alejarse de los caminos que llevaban a la noche o a la muerte, que eran lo mismo.

Y como se esperaba, el problema se volvió tabú. Cualquier curioso o arriesgado que dijera palabras como: cucaracha, insecto, plaga, noche, desaparición, era apartado. A nadie le interesaba saber más en tanto la calma permaneciera. Uno veía las caras de las gentes cambiar: las arrugas y los ojos giraban del frenesí, del espanto al escuchar cualquier alusión, por insignificante que fuera.

—Cómo estás querida.

—Muy bien y vos. ¿Viste cómo estaba la noche de bonita ayer?

—... Eeeee, mirá me tengo que ir ya. ¡Adiós!

Daba risa ver a la gente así de obsesa. Y yo escuchaba todo eso escondida. Por ahí, a la sombra, porque no me aguantó el sol de la ciudad. Soy más bien curiosa y por eso me muevo mucho por estas calles sucias. Camino bastante. Y me la conozco bien. Algunos dirán que soy demasiado atrevida o arriesgada, o valiente, para deambular por las calles de día o de noche. Sé las reglas, al igual que sé cómo romperlas, y sin terminar muerta, que es lo mejor.

Una noche cualquiera estaba paseando por unos andenes de cierta cuadra de casas abandonadas. Al parecer, sus habitantes habían desertado varios meses atrás pero aún quedaban los remanentes de un barrio popular al que solían llamar... ummm, ya no me acuerdo. Muchos fueron devorados, otros buscaron lugares más iluminados porque tenían miedo de despertar en su lecho, devorados por partes, lentamente. En mi camino, logré

entrevé a un muchacho, lejano. Para ocultarse de las tinieblas o mejor dicho, salvarse, usaba una gran linterna que rodeaba su cuerpo desde arriba hacia abajo en un torrente blanco, como un halo divino, como si fuera un ser celestial. Se movía por entre las sombras sin ser atrapado por sus garras. Qué pelado más teso -me dije-. En el momento en que su cuerpo no sea cubierto por el manto de la linterna, morirá.

Estos barrios lóbregos hace mucho se quedaron sin luz y sin gente. Las zonas más altas de Medellín sufrieron la peor degradación, como que siempre ha sido ese su destino; por eso es una locura andar por aquí. Quien lo haga, no tiene nada más que perder, excepto su vida. Seguía al muchacho, curiosa; me fui acercando un poquito más para verlo mejor. Tendría tal vez unos 18 o 19 años, su camisa era negra -parecía un pedazo más de la noche-, los zapatos roídos y los bluyines igual. Podría jurar que vivió aquí y habrá venido a visitar, a recordar los días en los que jugaba por la calle corriendo, saltando, riendo. Volvía a su casa y su madre lo esperaba con el almuerzo y el día estaba radiante. Esos días son un mero recuerdo, es mejor que la gente los olvide, así se desencantan menos del ahora.

El chico andaba lento y más todavía a sabiendas del peligro circundante. Daba pasos cortos y agobiados, mientras parecía reconocer un lugar, una esquina. Se sorprendía exaltado por el moho y la humedad de una casa, del derrumbe de la tienda del vecino. Pronto el chico empezó a hacer sus pasos más cortos, hasta detenerse. Parecía haber visto suficiente o demasiado. No quise seguir pensando más en su situación. Para mí ya era bastante lastimera, decidí más bien observarlo así, en su halo

de luz, como un dios fracasado. Luego, sin ningún aviso apagó la linterna y pude oír al enjambre de insectos hambrientos moverse. Ni siquiera vi la agonía del joven, solo lo imaginaba cubierto y roído como a cualquier otro en Medellín. Hubiera sido menos horrible ver su final, ya que en mi cabeza se recrearon las imágenes más cruentas de su muerte. Incluso hoy día cada tanto me las imagino.

¿Por qué lo habrá hecho? Creo que es una pregunta estúpida. La calle y la noche antes olían a frescura de joven, a irreverencia y a caos. Qué es un joven sin eso. Creo que dentro de poco seguirán apareciendo muchachos, haciendo recorridos similares, buscando remanentes de su pasado. Y tal vez sean devorados, no sé, o busquen otras maneras de morir, menos poéticas. Yo, por mi parte, seguiré andando la ciudad, viendo cómo se hace cada vez más solitaria y aburrida. Es el problema de ser diferente, de no saciarme como las otras; mi problema es que no me gusta la carne humana.

Rastros en la memoria

Jorge Mario Gaviria Hincapié

UNO

El Leopardo caminaba despacio, sigiloso, como la sombra de una nube en la arena. Sus cuatro patas dejaban sobre la playa la evidencia de su silenciosa presencia: ocho huellas de cuatro óvalos que parecían lunas alrededor de un montículo, reflejaban la experiencia de un ser que ha caminado muchas tierras durante mucho tiempo. Pero la evidencia de ese pasado se borraba con arena que traía el mar, llenando los surcos de sus pisadas en la playa. Y a pesar de su impaciente anhelo, un aroma que la brisa traía hasta su hocico, lo animaba a seguir el rastro de ese ser que había buscado siempre, inmanente a su memoria.

Ella, una durmiente tranquila reposada en la arena, parecía ajena al rumor que el mar trae en aquellas tardes, cuando los barcos desprevenidos orzan el horizonte silenciados por la lejanía. Una mujer con los ojos cerrados y el pelo negro, quien permanecía en una especie de trance que por su belleza puede mantener en armonía con el paisaje de arena y mar.

El viento, esa brisa húmeda que viene empujada desde todas partes, levantaba su olor llevándolo entre palmeras y olas. Un pelícano, al volar sobre las pequeñas olas que levantaba la brisa, no sisaba la concentración del leopardo en su marcha, quien, con la mirada fija y un punto negro dentro sus ojos verdes, avanzaba con determinación. En su pausada respiración, inhalaba el aroma espiritual que venía de la mujer, quien, imperturbable, se mecía con el agua que entraba a la playa. El leopardo en su instinto reconocía aquel aroma, se le hacía familiar.

Al mismo tiempo que el mar parecía divertirse acariciando la piel de la mujer, una y otra vez, adornando su lecho con caracoles y conchas abandonadas, algunas gotas se deslizaban delicadamente, mientras el mar se retiraba llevando pequeños reflejos de su color canela.

El leopardo se acercó lentamente a la mujer dormida y la rodeó olfateando cada espacio, sus garras aún retraídas sentían el viento como un rumor que da cuenta del tiempo. Acercó su hocico al rostro de la mujer y ronroneó mansamente. Se reclinó a su lado y observó el horizonte en una mirada eterna reconociendo el aroma de su alma gemela y descubriendo en el reflejo

de la distancia el azul donde comienza el infinito, donde también se perdía la razón para marcharse de su lado. Finalmente dos espíritus se encontraron; él, con su felina belleza; ella, con su humano sueño.

DOS

“No te preocupes abuelo”, dijo la niña al hombre que no reaccionó a la advertencia, como si su conciencia se hubiese ausentado de la habitación hacia un horizonte distante. “Ella tampoco te reconoce”, le replicó. El abuelo se acercó despacio al lecho donde estaba dormida la abuela con su pelo blanco recogido hacia un lado de la almohada. Tomó su mano instintivamente y la olió. En lo más profundo de su alma reconocía ese aroma sin recordar a quién pertenecía, “Ella tampoco te reconoce”, resonaban las palabras como un eco en la mente del anciano, sin poder entenderlas. Se sentó sobre una silla lentamente y levantó la mirada, sus ojos verdes se quedaron mirando un punto distante en la habitación. La niña, con curiosidad, siguió la mirada del abuelo; un cuadro de un leopardo y una mujer dormida en la playa, enmarcaba el momento de los abuelos y la niña.

La muerte en los ojos

David Valencia Tobón

*Pero no me crea sólo porque
yo lo digo, mírese al espejo y
véalo por usted mismo.*

Ronald Laing

A Damián siempre le gustaba levantarse antes de la hora precisa; se baña, desayuna, leer la correspondencia, el correo electrónico, da los buenos días a su madre y también marcar otro número telefónico y, cuelga inmediatamente mientras escucha las noticias. Bien sabe que no hay remedio para resolver las cosas con su ex esposa. Él toma café oscuro a las seis de la mañana mientras ve pasar el primer bus que se dirige al centro de la ciudad.

Es un ritual cotidiano sin mayor trascendencia, en el que Damián camina de un lado a otro de su apartamento a oscuras.

Hace tiempo que vive en un quinto piso con solo lo necesario, sin adornos innecesarios.

Cerca del lugar en donde vive, pasa como siempre al café del don Elías para hablar un poco de política, reír con humor negro a carcajadas estridentes. Pero su amigo no está hoy. Ordena un tinto doble con brandy, un cigarrillo; el mesero, abrumado y tartamudo, lo atiende:

—¿Algo más se-ñor Da-mián?

¿Qué le pasa a este joven? Como si nunca hubiera visto a alguien cortado al afeitarse, se dice y mira al mesero que sigue ahí, mientras él bebe su café.

—Así está bien joven, puede retirarse, dice Damián mirándolo fijamente a los ojos.

Saborea el café gustosamente al compás de las caladas al cigarrillo; es un momento exquisito en el que simplemente está para eso, nada le molesta, ni su traje mal planchado, ni el frío de la mañana que le parte el mentón, ni el ruido de los autos que le taponan los oídos, ni la música popular proveniente desde la barra del café, o que tiene que llegar a tiempo a la sala de redacción. Mientras bebe y fuma, a su lado pasa un lustra botas.

—¿Desea grasa para sus zapatos? Señor...

—¡Sí joven! Pero que queden opacos.

El lustra botas comienza con lo que bien sabe hacer por años, en esos instantes lo mira y sigue, pasado unos segundos, lo observa detenidamente, prosigue en limpiar, embetunar los zapatos de Damián quien sigue con la mirada entretenida en la calle. Sin embargo se siente incómodo, la mirada de este joven le perturba. Esos ojos color café son como alfileres infestados de un no sé qué, que le hace sentir la piel estremecida así como la sintió cuando despertó y puso sus pies en la fría baldosa, erizando su piel hasta su cabeza. Piensa Damián llenándose de preguntas del por qué tanta mirada.

—¿Te conozco?, -dijo Damián con voz reacia.

—¡No señor! -dijo el lustrabotas asustado por la actitud fría de Damián, así que le miente, para no entrar en una discusión extensa, Des-de lue-go que no. Bueno, ya están, son dos mil pesos, agregó tartamudeando.

—Tome y quédese con el cambio, dijo Damián, que lo mira, asiente, se pone de pie y le paga al mesero de la barra.

—¡Gracias, se-ñor Da-mián!

—¿Cómo dijo?

—¡No! Nada, solamente, que tenga un buen día señor..., dijo el lustra botas que se retira tímidamente, asustado por la mirada de Damián.

Damián sale del café, mira la hora y sabe en ese preciso momento que debe llegar temprano para comenzar con su reportaje acerca de la corrupción en la alcaldía, y en su trayecto calle abajo por la acera, nota que aún la gente le mira como si él tuviera algo que ver con ellos porque lo miran con detalle: sus cejas gruesas, su nariz respingada, su lunar al lado de la oreja izquierda que es como si fuera una media luna, y de paso la cicatriz que le dejó la cuchilla de afeitar; él siente cómo esas miradas se aplastan en su cara; como si le inquirieran.

Hace caso omiso y toma un taxi.

—Por favor lléveme al periódico.

—Si se-ñor...

El taxista no sabe si cobrarle la carrera o simplemente pensar que es una alucinación de su mente como lo sintió el lustra botas, el mesero, la gente.

—¿Cuánto es?

—¡Ehhh!, son siete mil quinientos, señor... dice el taxista, recibiendo el dinero pero sin mirarle la cara, espera que se baje, y se marcha rápidamente.

Damián mira el auto irse, piensa que escuchó algo, pero lo niega, cree que está desvariando, que algunas personas saben lo que él no sabe, o que le conocen y que al verlo, sus bocas

se llenan de miedos e interrogaciones y sus ojos, nublados de espanto.

Deja de cavilar en esas tonterías que considera tiempo perdido y entra al periódico, le da los buenos días al portero que sigue escuchando la radio, la recepcionista ya no está, así que sigue directo al ascensor y allí se encuentra con su amigo Luis, desde hacía meses no lo veía. Se saludan y platican.

—Como te decía tuve un buen fin de semana con mi esposa, acampando en Guarne, mucho frío pero fue muy ameno. Y dime ¿a ti cómo te está yendo? Ya va un año en que vives solo, ¿no?

—¡Sí! Pero no quiero hablar de eso.

—Como gustes. Oye Damián, ¿te has mirado en un espejo hoy?

—Como todos los días, dice Damián riéndose. ¿A qué viene esa estupidez? Eres tú quien se debería mirar en un espejo. Además no entiendo qué haces aquí, hace meses sucedió lo que te pasó, y hasta donde recuerdo tú estás...

—Oye, oye, ponme atención, de verdad mírate en un espejo, dice Luis interrumpiéndole en el momento en que se detiene el ascensor. Te dejo, nos hablamos en la hora del almuerzo.

—Aún no sé, debo hacer una nota sobre el Gobernador, acerca del medio ambiente y de paso lo de la corrupción, casi grita Damián como si tratara con su voz de alcanzar a Luis, quien apresurado toma el pasillo del segundo piso, al salir del ascensor.

Damián se recuesta en la pared metálica, y así, inclinado a la espera de llegar a su oficina en donde debe seguir con su trabajo, piensa que irá a visitar a Anitatinto y conversará con ella un rato. Al recostarse sobre la pared metálica siente que está lejos de su espalda, así que se deja caer, avanza y sin embargo no llega. De momento siente un vacío en el cuerpo, náuseas; de súbito se incorpora, gira su cuerpo y la pared metálica está allí, a unos veinte centímetros de él; se ríe de sí mismo en el momento en que se abren las puertas del ascensor.

Ante sus ojos, la sala de redacción a oscuras; le parece extraño que la señora Anitatinto no hubiera abierto las persianas, así que busca el interruptor del pasillo pero no da con él. Ve una luz que proviene del baño; se dirige hacia allá, pensando en encontrarla a ella, que debe estar aseando los lavamanos y los inodoros. El baño está tan cerca y sin embargo, tan lejos. Entra al baño de hombres limpiándose el sudor de la frente con un pañuelo bordado por su esposa. El grabado en la tela le hace recordar las discusiones, el adulterio, la separación; el fin de una vida juntos. Dejó de lado el recuerdo y siguió limpiándose. Hasta que por fin se encontró con sus ojos en el espejo.

Ante él, la nariz rota con la sangre resbalando, ahogando sus poros, sus labios. Se limpia con afán, pero la sangre no para. Siente náuseas y cae en el suelo del baño.

Damián no podía creer qué era lo que le sucedía, lo que hace un rato le decía Luis, lo que hace un rato los ojos de otros veían y eran esas pequeñas manchas rojas en su piel, en sus mejillas, en su frente. Desesperado por verse así de ensangrentado sigue limpiándose, para ponerse en orden y poder llegar a su escritorio; pero cuanto más camina, más lejos está.

Como puede atraviesa la oscuridad y se deja caer en su silla, agotado. Se siente mojado de sudor y molesto porque no comprende por qué todo es nebuloso, como a las cinco de la mañana.

Enciende la lámpara, cierra los ojos y se recuesta en el espaldar de su silla. Sobre el escritorio un periódico de ayer y una rosa roja. El titular de la última sección de la primera página recuerda que hace un año manos criminales y anónimas aún, dieron fin a la vida de Damián Cuervo, uno de los periodistas más queridos de esa casa editorial.

La cita

David Valencia Tobón

Me puse a consolarla, a buscar razones que explicaran la ausencia de él, a ofrecer argumentos y pruebas. Nadie era tan fácil de engañar como ella entonces, porque en momentos así todos escuchamos con alegría cualquier palabra de consuelo y nos contentamos con una sombra de justificación.

Fiodor Mijailovich Dostoievski

—¿Ha visto a un hombre de rostro delgado, el cabello corto y con un chaleco negro que yo misma le regalé?, pregunta Antonia, mirando la carta y al mesero, quien no vaciló en responder.

—Hace poco estuvo un hombre parecido, sentado ahí mismo, en donde usted está.

Antonia asintió con la cabeza como comprendiendo que no iba a verlo hoy, y que la cita que habían acordado en un mensaje codificado en un correo electrónico no se daría; hace un mes Joaquín le dejó el mensaje; ella también le contestó en clave.

Así que ordenó una taza de té; ya no había motivo para celebrar con un cóctel cosmopolitan, un tequila shots o por lo menos con vino; conmemorar el encuentro de diciembre, cuando estuvieron viendo los alumbrados en el Cerro Nutibara, mientras caminaban ante la fuente de la iglesia, comiendo helado de fresa él, de chocolate ella.

Buscando de ese modo llevarse de la mano, tocarse los hombros sin pretenderlo, reír como hacen otros cuando ven los círculos luminosos que dejan olor a pólvora en el cielo por donde se va perdiendo la fluorescencia multicolor.

Y así, pasar desapercibidos diciéndose que tienen hambre, que cómo les fue en el trabajo, que qué pidieron el día de navidad; y, así sean adultos, pedir. Como también decodificar esas señales para decirse: Te quiero tanto, qué bueno haberte visto hoy, quiero de regalo un beso. Contarse eso, como cuando comparten lecturas de Jaime Sabines, de Julio Cortázar; también cuando meses atrás en el festival de poesía ella le regaló el chaleco negro y él le regaló las memorias de aquel evento.

Pero hoy, mes de abril e invierno, no encontrará Antonia ese lenguaje de amor entre líneas, para saber que se existe en los ojos del otro, en esa circular pupila que recrea en la memoria un cuerpo amado y poseído tantas veces, en un somier de algún hostel a las afueras de la ciudad; en un parque siempre lleno de perros y niños; en una manifestación por el derecho a la vida y no a las armas.

Memorias que ella revuelve con la cuchara en la taza de té, resolviendo que será en otro momento en que vea a Joaquín y así hacerse otra vivencia.

Cabizbaja, con los ojos sumergidos en el té, terminando de tomárselo, se encuentra pensando qué le escribirá para decirle que estuvo en el café Arcángel por más de diez minutos y que tuvo una larga conversación con la silla vacía, y que así se llenó de sabor, olor, textura, carcajadas; recuerdos hallados en ese mismo sitio, en el parque del edificio de Suramericana, en el parque de Sabaneta. Aún así no llenaba el espacio para materializarlo y así dar comienzo al encuentro.

Dio por terminada la espera, pagó con lentitud y los ojos perdidos en quién sabe dónde, porque se cansó de ponerlos en la puerta, se cansó de ubicarlos en la cara del mesero que le trajo el té, ese mismo que sostuvo la esperanza de que ya llegaría; se cansó de la hora en el reloj en el que las manecillas se asemejan a liebres, contrario a la expectativa que se hacía la tortuga. Así, se marchó calle abajo. Diez minutos después, Joaquín regresó y entró al café, con flores y le preguntó al mesero por una mujer.

B l u

Tatiana Mosquera

Ese día decidí que Blu y yo saldríamos a dar un paseo. No creí justo que siempre estuviera allí, en el mismo lugar, siendo sólo un adorno. En mi tula empaqué el pequeño frasco de plástico que contenía su comida, cogí mi chaqueta café, amarré los cordones de mis tenis, me acerqué hacia Blu y le dije, -estamos listos-.

La pecera era una bola de cristal mediana, en el fondo tenía piedras de colores y una planta de plástico que adornaban la casa de Blu. La tomé y salimos con la intención de que el pez conociera la ciudad. Solo él y yo, lo llevé a algunos lugares que conocía; hacíamos una parada y le decía a Blu de qué se trataba: Mira Blu, este es el Parque de las Luces, nunca he entendido su nombre, pues es un lugar que no alumbraba mucho... Blu parecía poner atención a todo lo que yo le decía y estoy segura de que se sentía feliz de haber salido de la casa. La gente me miraba como si estuviera loca, quizás, pero para mí era una de las mejores compañías que había tenido en mucho tiempo.

Luego de tanto caminar y hablarle a Blu sobre la ciudad y sobre cualquier cosa que se me ocurriera, llegamos a la plazoleta de San Ignacio. Tenía los brazos cansados, me senté en una de las sillas del parque y puse la pecera a mi lado, me quedé mirándolo sin decir una palabra, observando los lindos movimientos que hacía al nadar. Era un lugar muy ruidoso, donde había mucha gente, algunos solo pasaban por el lugar, otros tenían sus ventas; otros, como Blu y yo, sólo estábamos sentados mirando. De mi tula saqué la comida de Blu y le eché unas cuantas bolitas, llamé a una mujer que pasaba vendiendo helados y compré uno de sabor a arequipe. Era ya hora de regresar a casa, tomé de nuevo la pecera y me dirigí al paradero de buses, le dije a Blu que la ruta que tomaríamos era la 042. Un joven que estaba a nuestro lado sonrió y dijo: ¿Por si algún día se pierde?, Sí, contesté, es mejor que lo sepa.

Al llegar el bus, el joven subió primero y me sostuvo la pecera, luego registré, pagué el pasaje y tomé de nuevo a Blu, le di las gracias al joven y me fui hacia la parte trasera del vehículo, me hice al lado de la ventanilla y puse la pecera en mis piernas. Le describía a Blu lo que veía: allí pasa una mujer con una falda de flores, y un hombre con una carreta vende manzanas, pero la verdad no se ven muy apetitosas, ahora nos detuvimos porque el semáforo está en rojo y a nuestro lado va un vehículo color amarillo. El bus iba bastante rápido, esto hacía que el agua de la pecera mojara mi bluyín y que el pez se moviera de lado a lado sin tener mucha autonomía para nadar. Cuando nos acercábamos a la parada de la casa, pedí el favor a una señora que estaba delante de nosotros que me sostuviera la pecera, me paré, timbré y cuando el bus se detuvo cogí de nuevo a Blu; gracias, le dije a la señora y nos bajamos. Caminamos unas dos cuadras, y ahí estábamos de nuevo, puse la pecera en la acera, abrí la puerta, la cogí otra vez y entramos a casa.

Deposité a Blu en su lugar, una mesita que tenía un mantel azul, me agaché para mirarlo a través del cristal, sus movimientos eran un poco lentos: —Estamos de nuevo en casa, le dije,

feliz noche Blu y me fui a mi habitación. Entré en ella, descargué mi tula, me quite los tenis y descansé.

Al día siguiente, al levantarme, fui a saludar a mi nuevo amigo, pero Blu flotaba en la superficie con medio cuerpo al aire y la otra mitad en el agua, y sólo lo movían las leves ondas que hacía el agua. Sentí tristeza por mi compañero de caminata, ahora debía ir a la tienda de mascotas para reemplazar a Blu, el pez de Sofí, mi hermana menor, que se encontraba de vacaciones en la casa de los abuelos.

Memoria del futuro

Carolina García Henao

—Estoy muy triste, exclamó. —Solamente quisiera escribir.

Esas fueron las palabras de Bertha luego de rememorar los padecimientos constantes que le ha dejado la vida. Se encontraba condenada al pasado, no porque quisiera, sino por obligación. En ella había algo especial: tenía la capacidad de predecir situaciones futuras sin utilizar ninguna mediación. Era un don innato. Últimamente estaba dedicada a leer y a escribir. Ya había adquirido cierta mirada crítica del mundo, enraizada en su propia realidad.

Bertha tiene 46 años, el color de sus ojos café profundo e insondable. Su cuerpo voluptuoso y su mente brillante, sabia, en la que prima la interpretación adivinatoria. Cada día lee dos horas sobre misticismo y su renacer espiritual, que se alcanza con la canalización de la energía, se imagina volando por los bosques, se interna en regiones desconocidas y mágicas. Además, le gusta salir a los parques para conversar con las personas y ver qué les depara el destino.

De las historias escuchadas de la gente se le aparecían en la mente escenas nítidas, en las que una pareja enamorada contempla el amanecer, abrazada; las sonrisas son como el desayuno en la mañana, y el aroma del campo es el aliciente del amor.

Así recordó a su viejo amor: ahora que el ambiente tranquilo, la tarde soleada y un portátil en su mano eran sus acompañantes, ese amor torna sus días en tinieblas. Mientras recuerda a su amado, una voz terrible la increpó: —Dame el computador, no te hagas matar que tengo un destornillador apuntándote al corazón. No tuvo más remedio que ceder su preciado computador en el que guardaba sus historias, sus memorias de otros, sus ilusiones.

En medio de su terror y de su llanto, recordó que ese hombre se le pareció a su antiguo amor. Detrás de esos ojos de gatico se escondía un vampiro con colmillos de doble filo, dientes cortantes apuntaban directamente al corazón.

A Bertha le parecían sorprendentes aquellas imágenes que se le confundían con su propia vida. ¿Dónde empezaba su historia y dónde terminaba la de otros? Sí, realmente eran tan claras las imágenes ajenas, que eran como sus propios recuerdos. Así que se decidió comenzar a escribir su novela, que tenía tan presente, puesto que las escenas la perseguían sin tregua. De hecho, veía el éxito rotundo de la publicación. Trabajó seis meses seguidos dedicando gran parte de su tiempo al objetivo. Durante la escritura de su libro se libró al menos de las historias de otros y pudo concentrarse en una sola.

Después de mucho laborar, ya estaba listo el libro. Su nombre era: Predicción incesante. Se iniciaron los preparativos para el lanzamiento que se efectuaría en los próximos ocho días. Estaba preocupada aunque sabía que sus vaticinios no tenían que ver consigo misma, no eran propios. Eso creía ella, lo único cierto es que con el tiempo se darían a conocer las verdaderas razones de sus pronósticos.

Se llegó el día anhelado, el lanzamiento se efectuó a las siete de la noche. Efectivamente fue un éxito rotundo, como se le había revelado. Los comentarios sobre su libro fueron muy favorables para su carrera. Ella sentía que había logrado saciar sus anhelos místicos y que la historia imaginaria se reconocería en toda Latinoamérica.

Luego de todo ese barullo estaba exhausta; solo quería descansar refugiándose en los parques de Medellín; día tras día encontraba en ellos la contemplación y el aire más fresco, como si se estuviese en el campo.

Una tarde, sentada en la banca del parque, escribiendo en su computador, se encuentra con su gran amor del pasado y decide volver a crear lazos afectivos. Sí, todo fluía de maravilla como cuando el agua brota de las montañas con total naturalidad; todo era perfecto, hasta el éxito con su libro. Pasaron varios meses de alegría pero en una tarde, sentada en la banca del parque, una voz, que le recuerda a su amado, la amenaza con un destornillador y le ocurre exactamente igual a lo que sus predicciones le decían con tanta claridad.

Publicado por:
Fundación Universitaria Luis Amigó
Medellín, 2012